



Dirección: GES
Producción: Vortex, Dreiver,
GES y Alberto-M.
Diseño y Edición PDF: Estigia.
Distribución Online: Estigia.

Contenido

Fate/Excelsior - “La facción negra”

Por Vortex

Vampires & Zombies in Fearland - “Los últimos humanos”

Por Dreiver

Fate/Inferno - “The Land of the King”

Por GES

La dama de la creación - “Día accidentado”

Por Alberto-M



Este mes descansan...

Bleach Samsara

Por Silence

Pokémon: Te elijo a ti

Por Alberto Minamoto

One Shots

“Heroe oscuro”

Por Alberto-M

ÍNDICE

Fate/Excelsior - <i>“La facción negra”</i>	03
Vampires & Zombies in Fearland - <i>“Los últimos humanos”</i>	14
Fate/Inferno - <i>“The Land of the King”</i>	30
MhA: La Dama de la Creación - <i>“Día accidentado”</i>	47
One-Shot - <i>“El odio viviente”</i>	54



CAPÍTULO XII: LA FACCIÓN NEGRA

Nunca en verdad tuvo un interés en las otras cosas más allá de lo que su mente buscaba comprender y conocer, deshecho desde el comienzo la idea de una infancia feliz o recuerdos juveniles normales, solo quiso dedicarse a los conocimientos que rodeaban su biblioteca y su entorno.

El linaje de los Al-Fiqar no era sorprendente a decir verdad, una familia de cinco generaciones con una Cresta Mágica a decir verdad pobre, su principal rama de especialización fue la herbolaría y la mineralogía, más allá de eso nunca hicieron aportes a la rama o descubrieron cosas que revolucionaron la rama de la Taumaturgia, solo se ciñeron a los estándares establecidos y fueron juiciosos al respecto, solo leyendo y estudiando. Estaban resignados y dispuesto a mantener esa forma de vida sin cambios y resignarse a estar siempre entre el polvo y las suelas de los poderosos, eran en esos momentos donde el destino cambiaba de dirección el futuro y destino de ese pequeño linaje de oriente.

Su heredero más joven, Dhu Al-Fiqar, un prometedor estudiante dentro de la Torre del Reloj fue escogido entre muchos más participantes y posibles prospectos de las diferentes familias y linajes, todo con una misma finalidad: compromiso.

Resultaba que existía una familia muy conocida dentro de la Asociación de Magos que ha vivido en constante desgracia desde hace unos veinte años atrás, estos eran los Archibald. Conocida familia de la Asociación de Magos que tenía generaciones haciendo aportaciones y ejerciendo profesión dentro de la prestigiosa entidad, aquellos les dio extremado poder político e influencias sobre otros menos favorecidos, incluso se habían asegurado mantener un linaje poderoso y fuerte al comprometer a su cabeza con una de las herederas de la familia Nuada-Re Sophia-Ri. Pero el declive comenzó cuando la cabeza de los prominentes Archibald, en ese entonces, Kayneth "El-Melloi" Archibald, decidió participar en la llamada Cuarta Guerra del Santo Grial, junto a su persona fue en su entonces prometida Sola-Ui Nuada-Re Sophia-Ri, pero aquello terminó de la peor manera.

La muerte de ambos participantes propició una cadena de desgracia a la rama Archibald. Con la pérdida de su líder la facción más poderosa y con la heredera más joven totalmente dispuesta a tomar el control, Reines Archisorte. Como una muestra de un pacto le dio el preciado título de "El-Melloi" a un Magus que era totalmente externo a la familia y como

muestra de la unión de las dos facciones, la Archibald y la Archisorte. Pero aquello simplemente fue tomado como una ofensa de parte de los ancianos de la facción Archibald pero estaban atados de manos, era imposible que pudieran hacerse algo en contra de la nueva cabeza de la familia, ella ahora tenía el control de las influencias y contactos logrados por el anterior líder.

En un intento de poder soltar la correa alrededor de sus cuellos se independizaron de la familia Archisorte y buscaron volverse independientes pero sin un líder no podrían ser tomados en serio, por lo cual pensaron que la mejor exponente para ello sería una de las familiares directas de Kayneth, una joven de nombre Irene. Joven, inteligente y entre los presentes uno de los mejores Magus de la familia pero con una maldición: su Circuitos Mágicos eran poderosos al extremo pero debido a la pobre constitución de su cuerpo estos iban envenenándola poco a poco, había perdido la capacidad de caminar y según pasaban los años estos mismos le quitarían la total movilidad de sus brazos y después detendrían el funcionamiento de sus órganos.

Según los cálculos, le quedaban tres años de vida.

Para evitar la total desgracia se permitió buscarse un heredero externo al a familia pero que sea totalmente capaz de adaptarse a las costumbres de la familia y que demuestre la suficiente presteza y habilidad para ser un heredero adecuado.

De entre cien candidatos, Dhu fue el elegido.

Era joven y aunque sus habilidades no eran perfectas existía la posibilidad de mejorarse y crecer aunque la pobreza de sus Circuitos Mágicos era insatisfactoria lo mejor que pudieron hacer fue algo considerado descabellado dentro de los cánones de la Taumaturgia, el trasplante de Circuitos Mágicos. Pasaron los Circuitos Mágicos del cuerpo de Irene a Dhu para mejorar su habilidad mágica y control del Código Místico predilecto de la anterior cabeza: Volumen Hydragion. Pero todavía era imposible que asumiera el control de la familia Archibald, primero debía superar una prueba que desde hace muchos años consideraron que sería lo suficientemente apta para determinar que el candidato fuera el apropiado.

Obtener el Santo Grial.

Aquello era simplemente un capricho de la familia que no pudiera superar la muerte de su mejor líder, por ello en busca de una retribución adecuada obtener el omnipotente artefacto era un precio adecuado.

Pero era eso lo que los había llevado a este momento en específico. Desde el anuncio de su compromiso la vida de ambos jóvenes podría considerarse una especie de montaña rusa emocional. Ambos tenían una vista diferente de la situación y en ellos llevaban cosas diferentes en sus pechos.

Dhu siempre fue alguien silencioso, muchos decían que vivía más en su mundo que en la realidad, siempre juicioso, estudioso y silencio, con las narices entre las páginas y la tinta de los libros, nunca dispuesto a escuchar los problemas que no consideraba importantes, aquello no era lógico.

Irene por otro lado ha tenido una vida considerada inútil, su cuerpo poco a poco le había restringido de muchas cosas, incluso su deseo de ser un Magus le fue arrebatado, apenas y

podía mantenerse consciente en su cama, ya no podía caminar y sus capacidades reproductivas incluso se habían perdido. Su único objetivo en la vida era simplemente ser la llave de canje para que su familia retome su posición dentro de la Torre del Reloj, no importaba nada más, incluso el solo pensamiento de intentar ser feliz era algo hipócrita a su parecer, solo le quedaba esperar a esperar la muerte.

Pero aquello cambió desde la llegada de Dhu.

Los silencios entre ellos eran muchos, pero hablaban más entre estos que con sus palabras, ella lo había comprendido desde el mismo momento que le conoció, no era la única persona en este mundo que sufría.

En aquella habitación donde ambos reposaban, Dhu solo leía un libro sentado a su lado, la joven Irene lo miraba con una sonrisa en su rostro. Su belleza demacrada con sus ojos hundidos y su rostro pálido y con mejillas huecas, con lentitud y esfuerzo su delgada y pálida mano tocó el brazo de su prometido. Este a través de sus ojos rojizos miró a la presente, ni siquiera un cambio, siempre era el mismo rostro y el mismo semblante, nada en este mundo le era siquiera interesante aunque siempre tuviera su atención puesta sobre Irene.

– ¿Acaso sucede algo? ¿Sientes algún dolor en tu cuerpo? –.

–No... A veces me cuesta respirar e incluso mover mis brazos es un esfuerzo muy grande... Pero no me duele...–.

Con suavidad el joven tomó la mano entre las suyas, era fría y delgada, sabía que solo un pequeño apretón bastaría para romper sus dedos y delgados huesos, por ello había comprendido que aquello que necesitaba ser delicado con ella.

El silencio entre ambos era ligero, las miradas de los dos era intensa pero la joven Irene solo sonreía, como si mirara algo que le causara risa, una dicha siempre llenaba su corazón al observar la siempre ecuánime expresión de Dhu.

–Estas asustado, puedo verlo ¿Temes que pase algo en el ritual de traspaso? –.

–... Tu cuerpo es débil, traspasar tus Circuitos Mágicos a mi cuerpo es una medida arriesgada tomada de parte de los ancianos, asegurar la victoria en un torneo como lo es la Guerra del Santo Grial puede ser una prioridad pero mis habilidades serán suficientes–.

–Es verdad... Incluso Lancer ha dicho que con su fuerza podría lograrlo... Es un buen guerrero... –.

Dhu mantenía su mirada puesta en su sonriente prometida, tocarla era algo que incluso por momentos se había prohibido para evitar hacerle daño.

–Creo que es una hipocresía mi participación dentro de la guerra, carezco de un deseo para el llamado Grial–.

–Pero el hecho de que aparecieran los Sellos de Comando significa que el Grial te ha considerado con un sueño lo bastante poderoso para probarte, considero que si tú no tienes un deseo para ti mismo, significa que tienes un deseo para alguien más...–.

–No soy tan altruista, detesto incluso la necesidad imperiosa de preservar las riquezas–.

–Y es por ello que sufres–.

Ante ello las cejas de Dhu se alzaron levemente y sus labios se separaron levemente ¿Sufrir? El no sufría, sentía una gran fortaleza física y mental, sus propias emociones estaban tan controladas y profundamente enterradas que aquello era lo que hacía que cualquiera sufría. Irene sí, ella vivía constante en el dolor y el sufrimiento, siempre sonreía y hablaba de sueños, donde puede caminar, tener una familia, ser un Magus y pare de contar. Siempre la escuchaba, siempre queriendo cambiar su destino y huir de su realidad.

Aquello era imposible.

Nuevamente con una suavidad y delicadeza que parecía no conocer Dhu acarició la fría y pálida piel de su prometida levantándose y saliendo del cuarto, solo podía verla por dos horas diarias, ya vendría mañana.

–Nos veremos mañana ¿Verdad Dhu? –.

–A la misma hora de siempre, descansa...–.

Pero mañana sería el día cuando harían el traspaso de los Circuitos Mágicos a su cuerpo. A decir verdad dudaba que hubiera un mañana.

– ¿Mi deseo para el Santo Grial...? Preguntar aquello es algo ilógico a mi parecer señorita– como su siempre su tono estoico y delicado llenaba el silencio de la sala que compartía con una de sus compañeras dentro de la Facción Negra– ¿Por qué desea saberlo? –.

Christa Everett tragó saliva un momento, a decir verdad sacar esta conversación fue simplemente un impulso más que todo. La presencia de Dhu-Al Fiqar era intimidante, solo podría compararla a la de su otro compañero Arthurus Von Einzbern. Por lo mismo pensaba que lo mejor sería romper un poco aquellas barreras que existían entre los compañeros de equipo. Lo mejor para ello sería entonces profundizar en lo que ellos querían hacer con el Grial.

La rubia intentó reunir un poco de valor porque la mirada potente y seria del Master de Lancer le causaba nervios.

–Pensé que... Si lograba comprender los motivos verdaderos de las personas que participaban en la facción entonces sería más sencillo formar lazos con ustedes...–se sintió un poco tonta al decirlo así–sé que no estamos para hacer amigos, pero...–.

El silencio de Dhu era indescifrable a decir verdad pero manteniendo aquella mirada simplemente guardó su libro y puso toda su atención sobre su compañera.

–Como todos los Magus el deseo de todos siempre es y será alcanzar el Akasha, la Raíz de todo. Por ahora solo respondemos a la Asociación de Magos que busca obtener el Santo Grial, pero no puedo evitar pensar que a decir verdad lo que nos mueve a todos los presentes son deseos egoístas...–parecía ser mucho preámbulo a decir verdad pero así era Dhu, tratando de darle un desarrollo a todo–por un tiempo pensaba que las ambiciones y los deseos son cosas distintas, pero ahora he descubierto que la esencia entre las ambiciones y los deseos era la misma–.

Con confusión Christa dejaba que su compañero dejara desarrollar su idea, este entrelazo las manos y mantuvo la vista al frente pero no miraba a su compañera, solo a un punto perdido en el espacio.

–Cuando deseamos algo es porque los queremos, si queremos algo deseamos entonces otra cosa, es un círculo vicioso. El constante ciclo del egoísmo se impulsa de ambiciones y deseos, si aquello continúa entonces en algún momento comenzaremos a devorarnos unos a otros, caeremos nuevamente en la época de la irracionalidad y la masacre–haciendo mucho énfasis en su proclama Dhu se levantó de su asiento caminando en dirección a la puerta para salir–si el Grial es un verdadero artefacto que puede conceder cualquier deseo no importa su límite, entonces yo quiero desear que la humanidad no pueda volver a desear a nada–.

El pesado silencio que se instaló entre los Magus era tan intenso que podía escucharse un alfiler caer. Dhu había caído en aquella conclusión hace ya mucho tiempo, el simple hecho de que la humanidad fuera infeliz y que siempre se condujera hacia la destrucción era porque estaban fuertemente apegados al ciclo del egoísmo.

Por lo mismo la única manera de que ellos pudieran encontrar un verdadero fin y obtener aquella paz era retirarles de su propia alma el simple hecho de querer de desear algo, hacerlos perfectos en su totalidad y si se mantenían aferrados a ello entonces no lograrían nada.

Dhu Al-Fiqar fue hacia la puerta pero antes de salir de la habitación miro por encima del hombro a su compañera, ella lo miraba con nerviosismo y un nuevo rostro: miedo. Esa era la mentalidad de un Magus, con tal de lograr su propio objetivo entonces simplemente las bajas colaterales estaban permitidas.

–Sabiedo ahora cual es mi verdadero objetivo ¿Me juzgaras? No es que me importe, pero así dejaré en claro que yo no busco la amistad ni la cooperación, quiero cambiar el mundo, salvarlo...–apretó con fuerza el libro que traía pero su rostro estaba igual que siempre, neutral–salvarlo de sí mismos...–.

Sin más que mencionar o decir salió de la sala dejando a una nerviosa y silenciosa Christa que apretó los dientes con fuerza. Era en estos momentos donde odiaba tener que participar en esta guerra.

Sus ojos afilados miraban la mezcla que tenía al frente, la caldera humeaba y su contenido verdoso brillante le daba iluminación a la oscura habitación. Llevaba su tiempo preparar esta

poción pero su utilidad era totalmente necesaria para las batallas a futuro. Con su mano concentraba su Prana y sus labios recitaban canticos en lengua inentendible, aparecer en esta guerra ha sido un capricho del destino, por lo visto este mundo era simplemente una burla al mundo que recordaba. Las Magias Verdaderas se habían perdido, las criaturas míticas fueron enviadas al Reverso del Mundo y la Era de los Dioses se había terminado junto a todos sus secretos. Este mundo era solo una bola de lodo que se globalizaba a sí mismo, crecían y se destruía, los parásitos llamados humanos morían pero por cada uno que moría aparecían otros diez, era asqueroso el observar ese tipo de vida que había quedado en el planeta.

Entonces había descubierto que la llamada “Magia” que estos usaban era una simple burla e imitación a sus conocimientos, la Taumaturgia era simplemente una versión barata y debilucha del poder verdadero que existía en sus manos, ella que había en su momento tomado el poder de las Hadas y logró con sus manos alcanzar la Verdadera Magia.

Ahora había sido denigrada a ser solo un sirviente, muñeco para el placer y diversión de los llamados Master, sumida bajo su control y la necesidad de Prana que estos le daban, solo para poder poner sus manos sobre ese artefacto llamado Grial. Aunque no negaría que era un poder bastante seductor no podía concebir el estar rodeada de la mentalidad tan estrecha y poco ambiciosa de su Master, pensaba seriamente que estar ceñida bajo su control era solo una forma de molestarla, y aquello funcionaba.

Así pensaba Black Caster, por su parte prefería mantener el silencio y esperar, seguramente pronto encontraría algo que la haría salir de esa desazón que la mantenía en cierta manera adormecida.

– ¿Estas ocupada acaso Caster? He venido a ver qué haces...–la inoportuna voz de su Master le hizo dar un suspiro de molestia. Kirishima Yamato se hizo presencia en la sala usando su traje como principal sacerdote, como siempre sus ojos verdes miraban la figura sinuosa de su Servant–siempre te veo haciendo esas pociones ¿Lo haces por diversión o piensas a futuro siempre? –.

–Lo suficiente para asegurar mi victoria, así de previsora me gusta ser–el tono de voz de Caster era ecuánime y se notaba que la presencia de su Master no era algo con lo que en verdad se sintiera cómoda– ¿Tú no te preparas para lo mismo? Los aliados el hoy son los enemigos del mañana–.

–Oye ¿Qué clase de comentario es ese? Es verdad que la Facción Negra no ha ocultado la verdadera naturaleza de la Gran Guerra del Santo Grial pero de igual manera debemos cooperar unos con otros, la ayuda que nos brinda nuestro compañero Juan Luis de Ponce es gratificante–el pelirrojo sonreía con tranquilidad e incluso confianza, tener de ayuda un mediador de la Iglesia le permitía a la misma Facción moverse con mucha libertad–nos ha permitido incluso tomar la Iglesia de Fuyuki como una base para nosotros, es un terreno neutral y por lo tanto no lo atacarán–.

–Confiar en un Sacerdote es confiar en los hombres y estos por naturaleza mienten–afilada como una navaja era la lengua de la Servant que miraba por encima del hombro a Yamato, sus ojos amarillos lo escudriñaban y atravesaban– ¿Siquiera existe alguna finalidad en tu participación? No te ves para nada comprometido con tu propia Facción–.

–Y no te equivocas, solo estamos por nuestros motivos egoístas, incluso yo estoy en lo mismo, actuando por mis propios intereses–el sacerdote se había cruzado de brazos y puesto la vista sobre el techo–la Asociación de Magos es una entidad mundial y reconocida por ser inclemente y despiadada, los Magos que venimos de estirpes orientales somos fuertemente juzgados y denigrados dentro de sus salones, muchos incluso han caído en depresión y abandonado los estudios, es un escenario triste–.

Particularmente no le prestaba atención, estaba mucho más concentrada en su poción pero prefería escucharle a que el silencio incómodo entre ellos continuara, seguramente si dejaba que hablara hasta que se le secase la garganta este se iría.

–En primera instancia me resistí a la idea de volver a traer una Guerra del Santo Grial a Fuyuki pero me hicieron una propuesta que no podía ignorar: abrir una rama oriental de la Asociación aquí en Japón, conmigo como director principal–con una sonrisa de ingenuidad y en cierta manera esperanza la imaginación del pelirrojo volaba–eso sería un sueño grandioso, tener una escuela única y exclusiva para nosotros y conmigo al frente sé que podremos hacer cosas magnificas–.

– ¿Entonces estas participando por motivos tan poco emotivos? Actúas a través de tu propio egoísmo y deseo de poder disfrazándolo de altruismo, quieres excluir a los que te han desmeritado y restregar tu logro en sus rostros...–desde su llegada era la primera vez que Caster decidía mirarle a la cara, incluso su expresión llena de desdén se había vuelto mucho más suave pero no era cariñosa ni por asomo–es una mentalidad lamentable–.

–Quiero considerarme que lo hago por el bien de otros que por mi propio orgullo pero no negaré que actúo así porque lo quiero–su declaración revelaba la verdadera cara de los humanos: egoístas. Caster lo miro unos segundos antes de volver a su trabajo– ¿Estás decepcionada por tener un Master tan poco justo y bueno? –.

–Antes te consideraba igual a una pulga, ahora puedes considerarte un perro para mí y ya eso es mucho...–con su comentario viperino continuaba su trabajo en su caldero sin notar que por un momento la expresión de Yamato se volvía por momentos jubilosa, como si hubiera hecho un avance en la relación con su Servant–por lo menos no tratas de actuar falsamente, puedo concederte aquello–.

–Entonces no te molestaré más, sé que todo lo que haces es por el bien de la Facción y el bien de tu Master–con una voz incluso feliz Yamato decidió salir de la sala mirando por última vez la figura de su Servant–sabía que todo lo que dice la historia sobre ti es falso, siempre tuve esa certeza...–.

–Obviamente lo que se dice es falso, por eso se llaman historias y leyendas...–escuchando la puerta cerrarse Caster volvió a sumirse en el silencio de la oscuridad. Sus labios se curvaron en una sonrisa ligera al tiempo que pasaba su lengua delicadamente por sus morados labios–soy peor de lo que los libros dicen...

Con la vista en el horizonte, la mirada fija en el sol que se ocultaba en el horizonte, el color naranja del sol muriente llenaba sus ojos oscuros y profundos, buscando por momentos querer recuperar aquella humanidad que hace tiempo se había perdido. La nostalgia era como las olas, iban y venían y con diferentes intensidades le golpeaban, a veces era solo un recuerdo, otras un fuerte sentimiento que por momentos le parecía desolador pero dentro de todo aquello, muy dentro de lo que pensaba y quería podía sentir un anhelo, la búsqueda de la felicidad y la satisfacción.

Era inevitable que estuviera amarrado a aquellos pensamientos, murió en la soledad y el dolor, desgarrado por como todo lo que había luchado simplemente se había desvanecido, alcanzar los deseos más profundos de su corazón y su mente, convertir sus manos en el arado para la verdadera felicidad, brindarles a las personas a su alrededor aquella cosa que nunca se ha podido comprar, que nunca se ha podido quitar.

Libertad.

Llevar en sus manos el ardiente y poderoso deseo de los menos poderosos, ir de frente contra las fuerzas de la opresión y los poderosos, en su juventud había descubierto que los corazones más fuertes son aquellos que no han tenido nunca nada, por lo mismo apretaba con su espada y continuaba hacia delante, en busca de la libertad de todos. Unirlos en una sola bandera y estandarte, ese fue su sueño. Por lo mismo la mirada siempre puesta al horizonte, siempre puesta bajo el atardecer porque solo en la oscuridad de la noche era capaz de sentir la fuerza de aquellos que clamaban por la libertad, solo debía continuar, ganar esta guerra y con ese deseo lograría aquello que en su vida fue la batalla más grande.

Unificar los corazones.

Por ahora, solo podía esperar en aquel campanario mirando a la distancia, a la espera de la batalla, al choque entre facciones y la verdadera lucha que se llevaría a cabo, solo necesitaba ser lo suficientemente paciente para poder llevar nuevamente su espada al frente.

–Rider, llevas todo el día parado en ese lugar ¿Qué miras con tanta intensidad? –una voz fuertemente masculina pero que hablaba con suavidad hizo que las meditaciones y reflexiones del Servant se cortaran, parado en una de las ventanas del campanario su Master lo miraba sonriente– ¿Acaso extrañas algo? –.

–Tener la mirada al frente es algo que solo los hombres con ideales podemos hacer, a pesar de la muerte siempre tenemos la vista al frente, retroceder es una muestra de que no tenemos la fuerza para luchar en el futuro–Rider era poético y siempre sacaba ese tipo de reflexiones profundas, era un hombre que siempre estaba hundido– ¿Acaso tu que participas por el Grial no tienes la mirada en el futuro? –.

–Por mi fe he aprendido que abandonar mis esperanzas en artefactos inicuos es una pérdida de tiempo, si estoy aferrado a mi religión entonces solo debo implorar a mi Dios y este hará el camino llano–como siempre el sacerdote Juan Luis de Ponce respondía con sagacidad pero sin perder la caridad que lo identificaba–como le había mencionado a mis compañeros, mi participación en la guerra es solo un mero formalismo–.

Rider a veces sentía aversión hacia su propio Master, primero se lo había abdicado a su procedencia española pero ahora con las conversaciones y el tiempo que llevaban juntos había

comprendido que en realidad era indescifrable, el ningún momento no mostraba algo más allá de esa amabilidad insulsa y esa sonrisa afable.

En el pasado Rider fue un hombre de guerra, luchando y codeándose de verdaderos generales y hombros poderosos, políticos afilados que no dudaban en usar sus habilidades dentro y fuera del campo de batalla para cumplir sus metas, en muchas ocasiones tuvo que aprender a ser mucho más poderoso y de mente veloz, anticipar lo que sus enemigos y rivales harían, pero este hombre era diferente, no podía comprenderlo.

Sus palabras parecían genuinas, incluso su falta de ambición lo harían parecer un perfecto santo aunque sus afilados instintos le decían que ocultaba algo que no le mostraba a nadie, por lo menos, no lo mostraría todavía.

–La Iglesia ha dicho que el llamado Grial por el cual disputaremos esta Gran Guerra no es el mismo que uso Jesucristo en la Última Cena, por lo tanto hemos desestimado este ritual y dejado que hagan lo que quieran, pero la participación de un miembro de la Iglesia es necesario para evitar que el conflicto escale–con tranquilidad Juan daba su explicación mirando a su Servant–considerar participar junto a miembros de la Torre del Reloj puede ser una medida drástica, no somos entidades que nos llevemos de la mejor manera–.

– ¿Ocupas entonces un puesto en esta lucha? Las actitudes tibias nunca han llevado a nada bueno, son más sus malas decisiones–Rider clavaba su afilada mirada en su Master que solo reía ante la acusación– ¿Por qué cooperas con aquellos que consideras tus enemigos? –.

– ¿Y porque no? El Santo Grial es solo un artefacto que usarán los Magus para alcanzar la Raíz, no lo usarán para otra cosa ¿Por qué deberían ser considerados en esencia malvados? –Juan dio la vuelta para volver a sus oficios como árbitro y miembro de la Facción Negra–tenemos límites perfectamente marcados, mientras ninguno de las dos asociaciones los cruce entonces podemos mantener un ambiente cooperación alto–.

Rider no respondió a aquello y escucho la puerta cerrarse, puso nuevamente la vista en el horizonte encontrándose esta vez con la oscuridad de la noche y la luna de cuarto creciente en el centro.

–No trates de engañarme, puedo percibir tus oscuras intenciones a pesar de que las disfraces. Maldito sabueso del vaticano...–susurró con desdén al tiempo que nuevamente dejaba que sus oscuros ojos contemplaran la ciudad iluminada–cuando tienes colmillos tan afilados es imposible no percibir su peste...

Tarareando una tonada sin preocupaciones sus manos se movían con gracia y tranquilidad. Sus dedos sentían la fría y brillante textura de los artefactos que tenía al frente, aquellas armas que había traído para la lucha que se llevaría a cabo. Las balas regadas por la mesa, sus dedos poniéndolas en los cargadores a un ritmo suave y tranquilo, verificaba y limpiaba los cañones de las armas, la acumulación de carbón o suciedad afectaría fuertemente el funcionamiento

del arma, por ello siempre debía ser cuidadoso y limpiarlas de manera minuciosa y también aceitarlas.

Suspiro con suavidad mirando las pistolas en sus manos, estaban ya acondicionadas y cargadas, las dejo a un lado tomando ahora su segunda mejor arma. Su rifle de francotirador negro pulido, poniendo la culata en su hombro y su ojo en la mira, jalo suavemente el pestillo despegando la recamara, el proyectil tomó su lugar en la recamara y el arma estaba lista para disparar. Repasando el cómo han terminado las circunstancias sentía una particular sensación de confianza, aunque sabía que su nuevo compañero no era un Magus poderoso o con habilidades sobresalientes tenía de su parte al Servant más fuerte de la Facción Roja. Parecía tonto el tener que ceder a su condición de enseñarle Magia, no sabía que habilidades más allá de buen uso del Refuerzo y habilidades para combate podría ofrecerle, pero dentro de él sabía que guardaba un potencial que podría ser bueno para explotarlo.

En su mente pasaban los recuerdos del combate, según iban luchando se volvía más rápido, su postura se adaptaba a la situación, mejoraba la fuerza y efectiva de sus golpes. Constantemente iba haciéndose mejor y más fuerte, sus golpes se acercaban más y su defensa era más efectiva.

Pensaba que tenía una habilidad para determinar patrones por ello siempre intentaba actuar de forma espontánea y evitar ser predecible, pero no lo lograba, se preparaba para cambio atacando del a mejor manera, no tardaba minutos, solo segundos. Incluso había pensado que también usaba una habilidad para aumentar su habilidad de sintaxis cognitiva pero lo había descartado en el momento, por su expresión y concentración atacaba siempre con todas sus fuerzas y mente en ello, tenía algo sorprendente y no era que estaba adaptándose al combate.

Estaba aprendiendo.

En todo momento estuvo observando y aprendiendo, posturas, respiración, movimiento, todo lo que pudiera percibir con sus ojos logró asimilarlos y entonces aplicarlos en su contra de la mejor manera, por ello tuvo que tomar las cosas con más seriedad y forzarlo a rendirse. Entonces si en verdad podía aplicar su habilidad de aprendizaje y enfocarla en mejorar su arsenal en las artes Taumatúrgicas, lograría tener un aliado entonces que también le ayudaría en la lucha contra los Master, por lo mismo debía probarlo en la verdadera lucha contra diferentes Magus.

Era por lo mismo que había el llegado el momento de reducir a los participantes, debía comenzar con su propia facción.

Estaban dispersos y poco dispuestos a cooperar unos con el otro, tal vez algunos tenían una relación mucho más cordial como Kirishima Yamato y Juan Luis de Ponce ambos en el papel de mediadores tanto de la Asociación como de la Iglesia, pero de ahí en adelante todos actuaban de manera independiente. Un ejemplo de ello era el hecho que no habían tenido interacciones uno con los otros más allá de reuniones puntales que ordenaba Yamato, aunque podría decirse que todos de manera individual eran poderosos enemigos, era mucho más sencillo atacarlos uno por uno.

Lo mejor en estos momentos era elegir a aquel estuviera más vulnerable de entre los siete miembros de la Facción Negra y ya tenía algunos candidatos: uno de ellos era Kirishima Yamato que sabía que tenía su base de operaciones en el Templo Ryuudoji, atacarlo no podría

determinar un gran dificultad pero hacerlo sería echarse a la Asociación al cuello como un tigre.

Eliminarlo debía ser cuando se estuviera más avanzada la guerra, lo mismo debía aplicarse con Juan Luis de Ponce actual arbitro y mediador de la Iglesia, incluso no debería extrañarle que estuvieran escondiendo su participación para no levantar sospechas.

Dhu Al-Fiqar y Christa Everett estaban fuera de la ecuación, contaban con Servant muy listos y sabía que ellos tenían un poder que sin dudas lograrían poner en jaque a Saber. Aunque a decir verdad no quería tener que luchar contra Christa, era de los pocos que cooperaban abiertamente, Dhu por otra parte no terminaba de darle buena espina.

Por lo tanto le quedaban dos candidatos: Matou Kyouko y el Master de Berserker. Este último totalmente desconocido, no sabía nada, su apariencia, nombre y tampoco su Servant ha hecho acto de presencia por lo tanto y como se había mencionado, estos no trabajaban en concordancia con los planes y ambiciones de la Asociación, atacarlos sería tonto.

Entonces solo quedaba una opción, una persona que desde su aparición ha sido totalmente independiente y que se ha opuesto a cualquier idea o sugerencia de cooperación, desde el comienzo siendo totalmente egoísta y no pensando a futuro más allá de lo que en verdad quería.

Tenía un Servant que no representaría un verdadero problema, comparado a otros se quedaba atrás y sería fácilmente despachada en el proceso, solo necesitaba orquestar un ataque que encubriera totalmente su participación y sabía cómo lograrlo, era momento de que la Facción Roja tomara cartas en el asunto.

Por lo mismo, Arthurus Von Einzbern no se hizo esperar y sacó de su camisa su teléfono móvil, marcando un número en específico colocó en su oído, espero a que cayera la llamada, la persona con la quería hablar ya había tomado la llamada.

–Sé que es tarde pero tengo una tarea para ti y toda tu facción así que te recomiendo que escuches con cuidado: en tres días atacaremos al primer Master de la Facción Negra–desde el otro lado escucho una respiración profunda pero sabía que era por lo súbito de la noticia, estaba pensando que su compañero estaba mentalizado en lo que vendría–atacaremos a Matou Kyouko en su mansión...

Continuara...

VAMPIRES & ZOMBIES in FEARLAND

CAPÍTULO 11: LOS ÚLTIMOS HUMANOS

Edén era el nombre de la última colonia de humanos que quedaba sobre la faz de Fearland. Alrededor de medio millar de personas se erigían como la última resistencia humana en ese mundo dominado por vampiros y zombies. Habían estado viviendo bajo tierra para protegerse de los vampiros. Era irónico que ahora ellos estuviesen habitando la superficie y nosotros el subsuelo; parecía una alegoría muy macabra.

No tuve que hacer grandes esfuerzos para convencerles de que aceptasen a Feliz entre ellos porque su nombre aparecía en la profecía al lado del mío. Me dijeron que todo gran salvador necesitaba a su lado a un fiel escudero, aunque este fuera un vampiro emo milenario. Nos recibieron y agasajaron como reyes dentro de los estándares que podía ofrecer la vida modesta de aquella aldea humana. Me pusieron una pata de palo forjada por el mejor herrador de asnos de todo el pueblo. Antaño, algún zombie o vampiro hubiese hecho un comentario satírico sobre este hecho pero en la comunidad humana era un ser respetado y respetable-como debía ser. Después nos ofrecieron vino barato de cartón robado seguramente en algún supermercado de vampiros y unas pastas más duras que tercero de la ESO para un zombie cani. Casi me dejo la dentadura intentando morder semejante alimento para mi desgracia. No estaba yo para perder más miembros del cuerpo.

Nos condujeron por una serie de galerías que cada vez se iban haciendo más angostas hasta llegar a una gran cavidad donde se localizaba la villa de Edén. El poblado estaba lleno de chozas rectangulares y circulares muy rudimentarias y construidas con materiales precarios. Antes de que viniesen los vampiros habíamos alcanzado la cima en lo que a progreso y tecnología se refería. Ahora casi habíamos vuelto a la Edad de Piedra. Anduvimos hasta una edificación más robusta y compleja que las demás. Era la casa del alcalde del pueblo. Entré algo acongojado porque las circunstancias se asemejaban bastante a las de un secuestro pero no tenía más opción que mirar hacia delante.

Una vez dentro pudimos comprobar que la comodidad de ese lugar sobrepasaba de largo a la de las demás viviendas. Había muchos aparatos electrónicos- mangados a los vampiros seguramente- que funcionaban con baterías al no haber en la cueva ninguna fuente de corriente eléctrica. Por fuera parecía una casa del Neolítico pero por dentro tenía la mayor parte de las comodidades contemporáneas. El jefe era un gordo seboso que estaba imbuido en un frac que le hacía de faja. Parecía como si una mano invisible estuviese apretando una manga pastelera. Se encontraba sentado- o más bien encajado- en un cómodo sillón que estaría sin duda sometido a una grandísima presión. A su lado se encontraba un tipo flaco y larguirucho ataviado con un hábito de sacerdote. Sus rasgos arratonados se veían reforzados por su hirsuto bigote y su nariz hacía recordar a la de un loro dotado con un pico excesivamente grande.

–Bienvenido a esta humilde aldea William Waster- su papada se movía como el oleaje del mar en plena tormenta.

–Gracias por acogerme alcalde- le agradecí.

–No me llames alcalde. Eso es cosa del pasado. Ahora tienes que llamarme Dios- su papada temblaba con inusitada furia.

–¿Dios?- ni siquiera yo era capaz de llamarme a mí mismo de esa manera. Soy solamente un humilde semidiós en Fearland que cuando muera pasará a ser un miembro de un panteón de dioses que tras ver mi magnificencia me proclamarían como Dios absoluto sobre todas las cosas. Pero mi plan aún seguía en progreso, así que aún no podía considerarme una deidad.

–Antes era solo el alcalde pero el pueblo necesitaba algo más de esperanza ante esta oscura situación que estamos viviendo. Así que, tras mover unos cuantos hilos, me proclamaron Dios. No es porque yo lo quisiera- por el tono se podía deducir lo contrario- sino porque quisieron ellos. Se podía decir que yo fuí inventado de cierta manera por el colectivo- su risa estridente hizo que se moviera aún más su papada.

– ¿Y tu verdadero nombre?- no quería dirigirme a él como Dios porque sería considerar a ese gordo adiposo como un ser superior a mí y no estaba dispuesto a hacerlo.

–Renuncié a mi nombre hace tiempo. Dios no tiene nombre, simplemente es Dios- se encogió de hombros provocando unas ondulaciones de sus mallas grasientas por todo el cuerpo. Parecía como si una gelatina estuviese bailando break dance.

–Es hipnótico- comentó Feliz antes de que pudiera taponarle la boca.

–¿Está verificada su identidad?- el oscuro sacerdote intervino por primera vez en la conversación.

–Es de mala educación no presentarse- le reprochó Dios.

–Tienes razón- hizo una reverencia para disculparse con Dios- Me llamo Palomo y soy el jefe espiritual del Edén.

–El gran e inigualable William Waster. El vampiro emo que está al lado mío es Feliz. No os preocupéis porque sea un vampiro porque seguramente es más débil que cualquiera de vosotros- nos presentó.

–¿Era necesario decirlo?- se quejó Feliz con su monótona voz apagada.

El sacerdote sacó entonces las sagradas escrituras de debajo de su sotana. Se puso a pasar hojas a lo loco hasta detenerse en seco justo a la mitad del libro. Murmuró un par de frases inteligibles para sus adentros y cabeceó satisfecho.

–Creo que él sí es el Elegido- afirmó Palomo.

– ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?- preguntó Dios.

–Las sagradas escrituras dicen que el Elegido será alguien poco agraciado, un poco tarado física y mentalmente y con muy mala fortuna- el sacerdote se fijó en los miembros de mi cuerpo ausentes.

–No cabe duda que da con el perfil- asintió satisfecho Dios.

–Y además vendrá acompañado de un vampiro emo- añadió Palomo.

–Eso es algo ofensivo- intentó protestar Feliz.

–Perfecto. Ya tenemos a nuestro Elegido- Dios dió un par de palmadas para dar la entrada a un par de hermosas secretarias escasas de ropa, más bien parecían strippers disfrazadas de secretarias que secretarias en sí. Dichas mujeres le dieron un papel y un bolígrafo a Dios.

–¿Qué es eso?- pregunté.

–El contrato para ser el Elegido- contestó Palomo.

–Hace falta contrato para eso?- me extrañé ante esa turbia situación- Creía que los elegidos lo eran por causas más místicas y no por los lazos crueles de la burocracia.

–Por supuesto. Hay que dejarlo todo atado y bien atado. Es muy simple. ¿Quieres que te lo lea?- se ofreció Dios.

–No estaría mal- ironicé.

–Punto número uno y más importante: las mujeres. El reparto de las hembras de la aldea será tratado de manera equitativa entre Dios, el Elegido y el jefe espiritual de la aldea- leyó Dios.

–Espera un momento- me asaltó la primera duda- ¿Y qué pasa con las que están casadas o no quieren?

–Todas se deben a Dios. Da igual que estén casadas o solteras, el vicio no entiende ni de sexo ni de edad ni de estados civiles. Dios está por encima de todo eso- contestó.

–¿Y Palomo y yo?

–Palomo ejerce como mi representante en la tierra y tú serás yo.

–¿Yo seré tú?

–Y tú serás yo- terminó la frase- El segundo punto trata sobre eso. Nosotros tres nos repartiremos el pastel del Edén: comida, bebida, tecnología, comodidades y mujeres- leyó.

–Me parece bien- no tenía nada que objetar.

–Maravilloso. El punto tres explica la sagrada trinidad de aldea- dijo Dios antes de explicarme un tostón sobre las relaciones espirituales que supuestamente tendríamos Palomo, Él y yo- ¿Alguna duda?

–Ninguna- pasé olímpicamente del tema.

Todos los puntos que vinieron a continuación esclarecían el reparto de privilegios entre nosotros. Era un contrato muy metódico y riguroso que no dejaba abierta a interpretación ninguna oportunidad de poder sacar tajada sobre algo. Me gustó la excesiva minuocidad y profesionalidad del documento. Además de que me ofrecía un trabajo que me permitía tocarme los huevos a una mano y vivir como un parásito de la sociedad. Era una oferta de trabajo inmejorable.

–Y esto sería en resumidas cuentas un contrato de Elegido estándar- concluyó Dios su lectura.

– ¿Así que me ofrecéis un trabajo que me permite explotar indiscriminadamente a la población, sacarle los cuartos impunemente, aprovecharme de ella sin ningún miramiento y encima estarían agradecidos conmigo?- resumí.

–Sí- dijeron los dos a la vez.

– ¿Dónde está la trampa?- mi experiencia me llevaba a poner en tela de juicio tratos sospechosamente beneficiosos.

–No hay trampa- sonrió Dios. Hasta en ese mínimo gesto sus lorzcas se movían descontroladas.

–Verás, el pueblo necesita esperanza para poder creer en Dios. Nuestra situación crítica tiene que ser resuelta por la promesa de un mundo mejor si no queremos tener tensiones innecesarias. Por eso nos inventamos toda la mierda esa del Elegido- explicó Palomo.

–Y entonces apareciste tú, un tonto con suerte que encaja en el papel de Elegido. Nadie te conoce, vienes de fuera, eres un superviviente de un mundo que hace tiempo dejó de ser nuestro... Eres la viva imagen de la ingenua y vana esperanza- añadió Dios.

–Contigo en el Edén nuestro paraíso contará con un pilar más estable sobre el que sustentarse. Nunca los cimientos de la religión habían sido tan sólidos- sonrió Palomo.

–Es una pena tener que compartir este chiringuito entre los tres pero teniendo un Elegido nuestra causa gana aún más legitimidad- Dios me dió el contrato y el bolígrafo.

– ¿Entonces yo no soy el elegido para salvar a la humanidad?- pregunté con decaimiento. Antes de la reunión me veía a mí mismo como un gran héroe como Hércules o ese funcionario que estuvo cobrando durante catorce años su sueldo sin pisar su lugar de trabajo pero este golpe de realidad me puso los pies en el suelo.

–No, mucho mejor; eres el Elegido para aprovecharte de la humanidad- respondió Dios.

– ¿No os da vergüenza aprovecharos así de la gente?- me enfadé- ¡Si creéis que voy a firmar ese contrato tan inmoral y caciquista, que va en contra de los derechos humanos y del bien de la

humanidad pues estáis listos! Sinvergüenzas, asquerosos, delincuentes, misántropos, licántropos, caracoles al vapor, cabrones, filhos da puta, reboludos, porca maddona, bakas, stupids, croissants- les lancé una batería de insultos- ¿Has visto como no me dejo vender Feliz?- me volví hacia él buscando su aprobación.

–Todo lo que ha dicho usted está muy bien pero tendría más efecto si no hubieses firmado el contrato- opinó Feliz.

Entonces miré a mi díscola mano derecha- la única que tenía- y después al contrato para verificar lo que había dicho el vampiro emo.

–Me habrá traicionado el subconsciente- repliqué.

–Has firmado cinco veces- observó Feliz.

–No está de más asegurar. Por cierto,- me giré hacia Dios y Palomo- ¿me lo plastifican? Por si las moscas.

Así comenzó mi vida de elegido en el Edén. A Feliz y a mí nos dieron la tercera casa más lujosa de la aldea. Estaba ocupada por unos niños huérfanos pero los echamos a patadas por entrometerse en la vida del Elegido. Me llenaron la casa con la tecnología más puntera del momento en Fearland. Ahí estaba yo, con mi tele, microondas, horno, lámparas, camas mullidas, mesas de escritorio, sillas acolchadas, vajilla de plata, armarios repletos de ostentosas vestimentas, urinario, bañera, fregadero, lavabavajillas, sillones, sofás, ordenador, la Vampiristation 5, un par de libros para sostener la mesilla de noche- que cojeaba-, una pila de videojuegos, jacuzzi, sillón de masajes, vampireflix pirateado y una despensa llena de comida. Ahora empezaba a entender porque lo llamaban el Edén.

–Chúpate esta- le dije a Feliz mientras le colaba un gol por la escuadra en el Vampiration Evolution Soccer.

–Eso es lo que decía el cura de mi pueblo cada vez que se bajaba la bragueta- recordó Feliz con desánimo.

–Hasta un manco te gana- me jacté de mis superhabilidades videojuendísticas.

– ¿Estás bien con esto?- preguntó de repente Feliz.

– ¿A qué te refieres?

–De aprovecharte de todos los que tienes a tu alrededor- comentó feliz sin ningún atisbo de emoción en su voz.

–Tampoco me aprovecho tanto- le resté importancia.

–El único de tus privilegios que aún no has utilizado ha sido el de las mujeres y conociéndote eso me perturba aún más- Feliz intentaba mantener una posesión larga en el videojuego. Mientras hablaba estaba mirando a la pantalla y no a mi excelsa persona.

– ¿Puedo contarte un secreto?- dije bastante inquieto.

–Me da igual- Feliz pasó de mi cara con gran maestría. Aún así estaba decidido a decírselo de todos modos.

–Soy virgen- confesé.

Se hizo un silencio demasiado incómodo para mí.

– ¿No vas a decir ninguna de tus deprimentes anécdotas?- me extrañé.

–Lo siento mucho tío- me dio un par de palmaditas en el hombro para consolarme.

– ¿Cómo que lo sientes mucho? No puedes decirme eso. ¿Tú compadeciéndote de alguien? ¡No hay forma de caer más bajo que eso!

–Hasta yo he follado- me dijo compadeciéndose de mí.

– ¿Cómo que “hasta yo”? ¿Te estás burlando de mí?- me enfadé.

–Tengo una media de relaciones sexuales muy baja pero las tengo- dijo Feliz con algo de orgullo si es que era posible.

– ¿Qué media?

–Una vez cada doscientos cincuenta años.

–Yo solo tengo veinte años- le reproché con mala cara. No quería que un vampiro que echaba un polvo cada cuarto de milenio se riera de mí- ¡Toma!- celebré el segundo gol que le había marcado en el Pro Vampiration Soccer.

–Al menos aquí puedes meterla.

–No me gusta que te me estés subiendo a las barbas- le advertí.

–Tranquilo, solo tienes veinte años- me consoló- Yo a esa edad era un bebé, el único contacto físico que tenía era cuando mi padre me pegaba con un cinturón cuando llegaba borracho a casa.

Llamaron un par de veces a la puerta de la vivienda. Puse en pausa el juego de mala gana y me fui a abrir la puerta. Los golpes de mi pata de palo hicieron eco en toda la estancia.

– ¿Qué quieres?- pregunté antes de quedarme mudo y absorbo con la belleza que se me presentó delante de mis ojos. Era una chica rubia con una larga cabellera lisa y con la piel blanca tirando a un color cremoso ornamentado con unas cuantas pecas en su nariz y nubes mejillas. Tenía los ojos de un color marrón que mutaba a dorado según la incidencia de la luz sobre sus pupilas. Me enamoré de esa cara de ángel; creo que fue la primera vez en mi vida que el cuerpo pasó a ser algo secundario.

–Me llamo Marie. Soy su nueva criada. Me envía Dios- se presentó con una voz empañada de calidez y dulzura. La había enviado Dios; tenía razón, era un ángel.

–Me Ila, Ila, Ila,- mi lengua se trabó de los nervios.

-William Waster, el Elegido- terminó la frase por mí con una dulce sonrisa- Eres la esperanza de toda la aldea del Edén.

–Sí, por supuesto que lo soy- dije con orgullo invitándola a atravesar el umbral de la puerta con un ademán caballeroso de mi única mano.

–Gracias- Marie entró a la casa contoneando sus caderas de una manera que me parecía demasiado seductora.

– ¿Qué harás?- me interesé.

–Barreré y limpiaré la casa. De lo demás se encargaran otras- Marie hizo mucho énfasis en otras.

–Mucha suerte- dije con un hilo de voz antes de volver a mis menesteres lúdicos. “¿Por qué habré dicho “Mucha suerte”? Seguro que se pensará que soy un idiota” me estuve comiendo el tarro de la misma forma que Dios se comía cualquier tarro que pillase da igual que fuera de pastillas como de galletas.

– ¿Estás listo?- preguntó lacónicamente Feliz.

–Sí- cogí el mando de la Vampiristation- Ehh, ¿desde cuándo voy perdiendo dos a seis?- le miré acusatoriamente.

–Debe de ser un bug- se encogió de hombros haciéndose el tonto.

–Para bug estás tú, maldito inmortal- empecé a apretar botones dispuesto a remontar.

A lo largo del día fueron desfilando por mi casa hileras de hermosas mujeres para encargarse de todos los quehaceres domésticos. Dios las enviaba para mantenerme satisfecho, como si pensara que fuera a escapar de un momento a otro hundiéndole el chiringuito que tenía montado con Palomo. Sin embargo, apenas me di cuenta de los rasgos particulares que caracterizaban a cada una de las chicas. Mi mente estaba monopolizada por la bella cara de ángel de Marie. Su olor y su voz empalagaban todos mis sentidos. Transmití a Feliz todas estas enamoradizas cavilaciones que rondaban por mi cabeza.

–Pues ten sexo con ella- dijo sin expresión alguna.

– ¿Cómo podría?- resoplé.

–Tienes un contrato que te permite hacerlo- Feliz estaba a punto de quedarse dormido sobre el sofá tras una maratón de casi veinte horas a la Vampiristation.

–Pero yo solo quiero hacerlo con ella si ella quiere- confesé con timidez.

–Entonces es amor de verdad- un deje de sorpresa se asomaba por la voz de Feliz.

– ¿Amor de verdad?- resoplé angustiado, conocedor de una nueva preocupación que hasta ahora me había sido desconocida.

–No pensaba que un ser tan despreciable como usted se pudiera enamorar- dijo Feliz.

– ¿Despreciable?

–Y misógino.

– ¿Misógino?

–Y egoísta.

– ¿Egoísta?

–Y ególatra.

– ¿Ególatra?

–Y mala persona, sucio, manco, cojo, feo, oligofrénico...

–Vale, vale. Lo he pillado- le dije bastante irritado- Pero prometo cambiar y ser mejor persona para ser digno de ella. ¿Te acuerdas de las cartillas que me dió Dios sobre el racionamiento de alimentos?

–Sí.

–Pues le daré la mitad de los alimentos a ella- afirmé convencido.

– ¿Y el resto de la población de la aldea que se muere de hambre a causa del monopolio de las cartillas de racionamiento?- preguntó Feliz.

–Pues que les den. Yo solo tengo ojos y comida para mi amada. ¿Has visto que buena persona soy?- me sentía orgulloso de mí mismo.

–Eres un ejemplo de virtudes- fue lo último que dijo Feliz antes de quedarse torrado sobre el mullido sofá.

Al día siguiente Marie llegó puntual cual ángel venido del cielo para dejar limpia mi casa y mi alma. Intenté averiguar más cosas sobre ella para trazar un plan de seducción infalible que no hiciese aguas como el crucero donde viajaba el pobre de Jack Jackjacksodia. Por lo pronto descubrí que estaba soltera y que era la tercera de cinco hermanos. Su familia era muy pobre hasta que su mamá y su hermana mayor les tocó la Gracia de Dios (Gracia es como llamaba Dios a su pene). Desde entonces las penurias habían cesado para todos en esa casa excepto para el cornudo del marido.

Otro día la pillé robando comida de la despensa de mi casa con una gracilidad y maestría excelsas. Parecía que había nacido para tal cometido de lo bien que lo hacía. En vez de reprocharle nada me quedé mirándola desde las sombras contemplando su sensual y dulce belleza. Cuando no pude resistirme más la sorprendí de imprevisto para ver cuál era su reacción. Para mi placer personal, ella se sonrojó completamente azorada y puso un ademán de inocencia para que yo la exculpara de tal delito. No pude evitar preguntarle:

– ¿Te gusta el latrocinio?

–Por supuesto.

Mi corazón no paraba de latir violentamente. No solo era la chica más hermosa que había conocido en mi vida sino que además compartíamos intereses comunes. La perdoné solo por eso pero le volví a robar de su bolso todo lo que me había mangado de la despensa y lo sustituí por unas piedras. Me pregunté a mí mismo qué cara pondría al enterarse del cambio y si se enamoraría de mí por dominar una destreza que ella también practicaba.

He de decir que no solo pasaba los días persiguiendo enamoradamente a Marie en un ejercicio que Feliz tachó de acoso. También observaba con cuidado las costumbres de mis semejantes. Eran bastante parecidos a los zombies que había conocido. De hecho, los zombies eran humanos en parte, o al menos intentaban imitar nuestras costumbres como si de esa manera pudieran volver a convertirse en seres vivos. Por el otro lado, los humanos también se parecían bastante a los vampiros solo que menos longevos y poderosos. Estas tres especies tenían sentimientos, seres a los que amar y proteger, motivos por los cuales levantarse y luchar cada día en un afán de enfrentarse a las adversidades que les deparaba el destino con sus descansos para ser felices y sus miedos y fobias. Un vampiro no es más diferente a mis ojos de lo que pueda ser un humano o de lo que pueda ser un zombie. Los nimios detalles del exterior que nos separaban no eran más graves que todo lo que nos ligaba por dentro. Entonces empecé a no entender los conflictos entre vampiros y zombies que hasta hacía poco aceptaba como normales por la simple fuerza de la inercia. Quizás fuera yo el que estuviese loco al sentirme extranjero durante toda mi vida, pero no tenía a nadie con quien compartir estas inquietudes. Entonces como si una bombilla se encendiera en mi cabeza pensé en que ahora Feliz estaba viviendo la misma situación que yo, así que se me ocurrió abordarle con este asunto.

– ¿Cómo te sientes al ser el único vampiro viviendo entre humanos?

–Pues está bien. Estoy puliendo mis habilidades al Pro Vampiration Soccer hasta niveles legendarios- comentó algo satisfecho.

–No me refería a eso. Quiero decir, ¿no te sientes raro al ser único y diferente?

–Toda mi vida he sido único y diferente. Al menos es lo que le decía el psicólogo de mi colegio a mi madre. Decía que yo era “especial” y que olía a naftalina- dijo Feliz.

Feliz no era el más adecuado con el que tratar estas cuestiones. Haber vivido tanto tiempo le había hecho perder el poco juicio que quizás algún día pudo haber tenido. Al no poder solucionar este problema pues lo enterré debajo de la alfombra de mi mente y me ocupé de lo realmente importante: intentar metérsela a Marie. Esa sería mi principal vocación a partir de ese día.

“Marie, mi corazón no miente, déjame metértela en caliente” leía mis versos dignos de Bécquer con el pecho henchido por el orgullo. La poesía era la principal arma de un romántico como yo para conquistar a mi bella dama. Mientras Marie fregaba el suelo de la casa le leí mi poema superromántico *Te voy a meter más rabo que cuello tiene un pavo* enfatizando cada lasciva rima con una potente voz de afilador que va afilando cuchillos por los pueblos. No sé por qué no le hizo mucha gracia mi composición magistral. Supuse con buen tino que sería una iletrada de esas que no disfrutaba de los placeres de la lírica así que dejé de asediarla con mi antología poética compuesta por *Come, reza y mama, ¿Y si no soy bombero por qué tengo esta manguera?* y- mi favorito personalmente- *Don Cipote que te mancha*. No está hecha la miel para la boca del asno, pero ella es humana y su no perfección era a todas luces entendible.

Abortada la vía intelectual intenté enamorarla con el método del macho alfa. Mi plan era que ella al abrir la puerta nos viese a Feliz y a mí echándonos un pulso. Al ver como le ganaba al vampiro emo un rollo no se qué de las feromonas que había leído en alguna revista de la vieja Maruja se desataría y caería rendida a mis pies. Era el plan perfecto. Ahí estábamos codo con codo cuando Marie irrumpió por la entrada.

–Una fuerza digna de un vampiro sí señor- enfatice la palabra “vampiro” para tirarme más flores.

–Tiene un poder desbordante para ser solo un humano- fingía Feliz en su papel con escaso convencimiento y peor actuación. Por lo menos no necesitaba fingir debilidad pues ya era un tirillas de por sí.

–Tú tampoco lo haces nada mal- utilizaba la vieja técnica romana de alabanzas al enemigo para ensalzar aún más mi victoria.

– ¿Qué hacéis?- preguntó Marie con escaso interés.

–Estamos pujando por tu amor- mentí.

– ¿De verdad?- su interés decreció aún más si cabe.

–Solo espera- le estaba guiñando el ojo a Feliz para que me dejara ganar pero este miraba al vacío sin enterarse de nada. Probablemente estuviera reviviendo algún trauma de esos de mierda que había padecido a lo largo de su mierda de vida- Feliz...- intenté llamar su atención.

–Llevo mucho tiempo sin hacerlo- confesó Feliz.

–Y a mí qué me importa- le seguía guiñando el ojo descaradamente.

–Trescientos años por lo menos. Estoy casi en mi peor racha- se lamentó Feliz.

–Pues ve a un burdel- le sugerí.

–Marie no está nada mal- dijo de repente.

–Espera un momento...- empecé a caer en la cuenta de lo que estaba ocurriendo.

–Tu hipótesis sobre el macho alfa me parece muy interesante- confesó.

“Sucio traidor” pensé para mis adentros.

–No dejaré que te salges con la tuya- di por iniciada nuestra épica batalla.

Allí estábamos los dos, sudando la gota gorda para impresionar a Marie. Las fuerzas estaban muy equilibradas y ninguno parecía imponerse en el encuentro. Tras un lapso de tiempo indeterminado conseguí doblegar a duras penas a Feliz en lo que consideré como el mayor logro deportivo de toda mi vida. Quise girarme para dedicarle la victoria a mi amada pero no estaba para mi desdicha.

– ¿Dónde está Marie?- le pregunté a Feliz.

–Se fue después de limpiar- contestó.

– ¿Cuánto tiempo hace de eso?

–Una hora.

– ¿Y hemos estado desperdiciando todo este tiempo?- me enfadé con Feliz por no haberme avisado.

–Para alguien con una vida finita como usted sí pero en mi caso no se puede hablar de desperdiciar el tiempo- me respondió con una lógica aplastante.

Le mandé a la mierda con la mejor educación que pude y empecé a urdir un nuevo plan infalible. La solución estaba de nuevo en una de esas revistas de viejas que leí en casa de Maruja. Había una técnica llamada “La trucha que remonta el río” muy eficaz entre los grandes mamíferos moradores de bosques. Sin embargo, no veía inconveniente en extrapolarlo a humanos aunque alguien acabara con las tripas fuera.

No tuve tiempo para poner a prueba esta estratagema, pues un día fue ella misma la que me abordó con los ojos anegados de lágrimas. Al parecer, su madre le había hecho una especie de desplante a Dios e iba a ser acusada de herejía en la plaza de la aldea en menos de una semana. Viendo que esta era mi oportunidad de hacer valer mi papel mesías, le prometí que salvaría a su madre a cambio de nada, aunque en el fondo esperaba que algún vínculo de gratitud diera lugar a algo más.

Fuí a la casa de Dios para suplicarle por la vida de la madre de quien en mi mente consideraba mi amada. Como supuse de alguien de su calaña, las cosas no iban a ser nada fáciles.

–El contrato lo estipula de esta manera- la papada empezó a bailar al son de la grasa- No puedes intervenir con mi parte del reparto de mujeres. ¿Por qué no pruebas con su hija? Esa tal Marie está libre por el momento. Date prisa si no quieres que Palomo o yo nos adelantemos.

–Pero, ohhh, misericordioso Dios, el más clemente de los clementes, el más humilde de los humildes, el más sexi de los sexis; ¿qué te ha podido hacer ella para quererla ajusticiar públicamente?- le adulé un poco para que diera su brazo a torcer. Así es como funciona Dios.

–Se negó a hacer la postura de la grulla anfetamínica invertida- se indignó Dios.

– ¿La postura de la grulla anfetamínica invertida?- pregunté.

–La que va antes del “camello de tres jorobas” y después de la “morsa dando palmas” en el Vampirisutra- respondió.

–Ohhh, misericordioso Dios, perdona a este mesías tan ignorante pero, ¿podrías esclarecerme qué es eso del Vampirisutra?

– ¿Cómo es que siendo el Elegido no te sabes el contenido de la Biblia?- se mostró entre sorprendido y enfadado por esta laguna en mi saber particular.

– ¿La Biblia? ¿Ese libro lleno de patrañas para alienar a las gentes que me diste el día que firmé el contrato para que me lo aprendiera? Es un tocho gordo- me excusé- Lo tengo debajo de mi mesilla de mesa, que cojeaba.

–No me refiero a esa Biblia. Me refiero a la verdadera Biblia- Dios hizo énfasis en “verdadera”- Traed el Vampirisutra- dió un par de palmadas que hicieron que todo el tejido adiposo de su cuerpo retumbara.

Un par de criados entraron portando una hamaca sobre sus cabezas. En ella, entre cojines, se encontraba el Vampirisutra. El acto era tan solemne que me santigué delante de ese libro sagrado. Uno de los criados cogió el libro con sumo cuidado y me lo entregó. Yo, sin saber qué hacer, miré a Dios en busca de una señal.

–Abre el libro y en él encontrarás mi palabra- dijo Dios con solemnidad.

Abrí el libro y lo que encontré no fue su palabra, básicamente porque carecía de texto alguno. Eran unas ilustraciones pornográficas de gran calidad que estaban dibujadas con todo lujo de detalles. Las palabras se reducían al título de las tan imaginativas como imposibles posturas. Siempre pensé en el sexo como algo placentero, pero viendo ese libro se me asemejaba más a un acto de tortura.

–¿Y bien? ¿Qué te parece?- Dios quiso saber mi opinión.

–Es la mejor Biblia que he visto en mi vida. El libro que me diste estaba repleto de monsergas largas y tediosas, pero el Vampirisutra te engancha de principio a fin. Hace valer el dicho de que una imagen vale más que mil palabras- comenté fascinado.

–Es usted un gran sabio. Bien hice en confiarle mis espaldas, Elegido- dijo lleno de orgullo.

– ¿Es esta la grulla anfetamínica invertida?- le enseñé el libro por la ilustración de la controversia.

– Esa es- gruñó Dios pensando en la afrenta.

–Creo que usted, ohhh misericordioso Dios, ha sido un poco injusto con esa mujer- alegué.

– ¿Por qué?

– ¿Has visto el nivel de dificultad de dicha postura? Supera con creces a las del “caracol juguetero” y a la de la “lluvia dorada en el desierto tibetano”. Que la mujer se negara no es una muestra de desprecio hacia nuestro honorable Dios. Simplemente se preocupaba por su salud, pues sin usted, el Edén carecería de todo sentido. Ella sola ha intentado preservar la felicidad de todos- la justifiqué con toda la razón del mundo. La probabilidad de que Dios hubiera muerto en tan arriesgada postura era demasiado alta como para que mereciera la pena intentarlo.

– Es verdad que no conservo la vitalidad de antaño. Y puede que quizás tenga un par de kilitos de más- en realidad, cerca de una cuarta parte de tonelada- Es verdad, que pensándolo en frío, puede que haya malinterpretado sus intenciones. Quizás con una penitencia de cincuenta latigazos sea más que suficiente. Sí, es posible porque se trata de una mujer- se convenció a sí mismo.

–No sabía que se podía conmutar las penas de las mujeres por latigazos.

–Siempre que se trate de este látigo- Dios se llevó su mano a la entrepierna y se la apretó mientras se reía como un maniaco.

Sea como fuera, el resultado había sido óptimo teniendo en cuenta el carácter poco misericordioso de Dios. Podía darme por satisfecho por haber conseguido rebajar su pena, aunque para eso la madre de Marie tuviera que rebajarse como ser humano.

Al día siguiente, obtuve mi premio por ser un Elegido tan bondadoso y altruista. Estaba fingiendo leer un libro para hacerme el interesante cuando Marie entró por el umbral de la puerta de mi casa. Estaba exultante y llena de energía, lo que alegraba el ambiente siempre marcado por el rostro contrito de Feliz. Verla tan feliz me hizo feliz. Había hecho algo bueno por la mujer que amaba.

–Muchas gracias- me abrazó llena de dicha.

–No ha sido nada del otro mundo- dije casi sin respiración por lo asfixiante del abrazo.

–No sé cómo agradeceréte- Marie hundió su rostro en mi pecho.

–No hace falta que me lo agradezcas. Lo hubiera hecho por cualquier otra persona- mentí descaradamente.

–Es usted tan bueno- me elogió.

-Lo sé- no iba a negarlo, la verdad.

Entonces me besó. Fue un beso furtivo como el cazador que se va al zoo por falta de recursos. Le devolví el beso con pasión. Cuando se trataba de dinero no, pero si eran besos devolvía todos los que hicieran falta. Fue un momento mágico como cuando un funcionario no llega tarde a su trabajo. Era más feliz que Vadolf Vamtler con un horno nuevo.

–Estás segura de que quieres hacer esto? ¿Es porque te gusto o solo me lo estás agradeciendo?- pregunté cohibido.

–Me gustas- volvió a besarme en los labios- No me gusta blasfemar delante del Elegido, pero tú eres mucho mejor que Dios y Palomo. Tienes tus taras pero, ¿quién no? Además, que no he conocido a nadie tan bueno como tú.

–No te importa que me falten una pierna y un brazo?

–Para nada. Creo que lo que tienes por dentro es mucho mejor de lo que te ves por fuera- se quitó la camiseta exhibiendo un torso perfecto y unos pechos generosos. Nunca me había fijado en esos detalles porque siempre había estado mirando su cara de ángel- ¿Estás llorando?- me preguntó sorprendida.

–No- dije mientras un par de silenciosas lágrimas se me resbalaban por la mejilla. Nunca había conseguido la aceptación de nadie, y hasta ese entonces no me había importado, pero ver a Marie diciéndome que le gustaba tal y como soy me conmovió por dentro.

–Eres muy sensible- se burló cariñosamente Marie.

Entonces comenzó el ritual de la pasión. Nos desnudamos el uno al otro con sumo tacto y cuidado y agarré el cuerpo de Marie con fuerza, como si tuviera miedo a que se me escapara. Los preliminares eran muy importantes para un primerizo como yo, o eso había leído en internet. Intenté poner en práctica mis horas de estudio anatómico en la red, pero el ejercicio práctico siempre distaba mucho de la teoría. Aun así conseguí arrancarle algún que otro gemido de placer con mis dedos. Éramos bastante escandalosos. Me alegré de tener toda una casa entera para mí mismo... ¡Espera un momento!

Me giré y vi a Feliz sentado en un sillón. Tenía un bol lleno de palomitas entre las piernas. No estaba haciendo nada en particular. Solo nos miraba con aspecto impertérrito como si estuviera mirando a la nada y se llevaba una palomita a la boca de vez en cuando. Cuando me percaté de que teníamos público me sentí bastante cortado. Marie y yo nos detuvimos. Ella era consciente de que había estado siendo observada durante todo ese tiempo. Hundió su rostro contra mi cuerpo roja de la vergüenza. La abracé como si sirviera de algo. Miré a Feliz. Él me miró. Así estuvimos un tiempo. Sin decirnos nada el uno al otro. Cuando él descubrió o intuyó que tenía que hacer o decir algo en esa situación no mejoró mucho las cosas.

–Mucho ánimo campeón- levantó su pulgar y me miró con su triste cara de siempre.

Entonces hice lo que cualquier amigo hubiese hecho en mi lugar, saqué a Feliz a la calle a patadas como si fuera un perro y atranqué la puerta.

–Ya no nos molestará más- abracé a Marie, la cual aún seguía turbada por el incidente.

A Marie se le había bajado la libido tras ese percance, así que se mostró poco receptiva a reanudar nuestros abrazos. Sin embargo, solucioné pronto ese problema bajando mi cara a su bajo vientre. Jugué con mi lengua hasta que ella volvió a gemir de nuevo. Después me dijo "Ahora es mi turno" e intercambiamos roles. Tras haber alargado los preeliminarios todo lo que consideré prudente, nos fundimos como si fuésemos uno. Mi piel contra su piel. El balanceo rítmico de nuestros cuerpos nos llevó al éxtasis más placentero. Movía mis caderas con solvencia, para nada parecía un primerizo. Vi como ella disfrutaba tanto o más que yo y me llenó de alegría. Llamaba a Dios en repetidas ocasiones pero para fines nada dignos. Estaba siendo el mejor momento de toda mi vida. Casi parecía que fuera un sueño.

Todo se desvaneció de repente y me vi en mitad de un desierto follándome a un cactus mientras que Feliz llamaba a una roca como si fuese una puerta.

– ¿Qué coño ha pasado?- pregunté lleno de dolor cuando saqué mi pene del cactus. Tenía el miembro viril inflamado y lleno de pinchas.

– ¿No estábamos en una ciudad subterránea?- preguntó Feliz sin un deje de emoción en su voz. Parecía que no había nada en el mundo capaz de sorprenderlo.

Mientras tanto, un vampiro se reía de nuestra desgracia a menos de cinco metros de distancia. Estaba rodando por el suelo desternillándose de la risa. Casi parecía que se estaba haciendo daño de tanto reírse. Reía, reía y reía y no paraba de reír.

– ¿Qué divertido todo! ¡Ha sido genial! Esto entra en mi top cinco de bromas!- se descojonaba de la risa.

– ¿Quién eres?- pregunté aun estando en estado de shock.

–Biggus Dickus, asiento número uno del Consejo de los Diez Vampiros Supremos- dijo entre risas.

–Ahh- aún no era consciente de la situación. Mi cerebro no regía como era debido. Había pasado del momento más feliz de mi vida al más traumático.

–Has sido víctima de mi habilidad vampírica, la cual consiste en crear ilusiones tan reales que es imposible no hacer bromas con ella. ¿Te ha gustado el teatro que he montado para ti, William Waster? Has sido un gran actor y yo un gran espectador. No me lo había pasado tan bien en mi vida- tomaba pausas para respirar de vez en cuando para no ahogarse de la risa.

– ¿Todo ha sido una ilusión?- me quedé tan perplejo que incluso me olvidé de mi dolorido pene.

–Sí.

– ¿Todos los humanos han sido una ilusión?

–Sí.

– ¿Dios ha sido una ilusión?

–Sí.

– ¿El amor ha sido una ilusión?

–Sí. El amor y Dios han sido ilusiones creadas por un bromista que se regodea del sufrimiento humano. Y ese bromista soy yo- se volvió a reír de nuevo.

Toda mi felicidad se había esfumado de un plumazo. El amor de mi vida también. Todo había sido una ilusión. Lloré con sinceridad por primera vez en mi vida para deleite de Biggus Dickus, el cual incrementó sus carcajadas a cada lágrima que derramaba.

– ¿Qué más podría salirme mal?- me quejé al cielo.

En ese instante un par de vampiros disfrazados de guardias forestales me rodearon.

– ¿Sabes que el cactus al que te acabas de follar es una especie protegida?- dijo uno.

–Quedas detenido por dejar destrozado a un ejemplar de *Cactum Secum* y encima no haber usado protección en el proceso- dijo el otro.

Estaba claro que no era mi día de suerte.



THE LAND OF THE KING

Nació en Escania el Rey del Brazo Largo, quien expandió un invierno eterno por todo el noroeste del Viejo Continente.

Fríos sus ojos, fría la determinación que le llevó a vencer, primero a su gente, y luego a sus vecinos.

Solamente cuando desafió al tiempo conoció la derrota. Y no es este menos cruel ante las grandes proezas, los mejores luchadores.

Por más que un brazo sea largo y fuerte, jamás subyugará las escurridizas arenas.

Así envolvieron al gran rey, quien vio entre espanto cómo se apagaban las llamas de su cabello, la determinación en sus ojos.

Tan fuerte y alto como era, del abrazo salió blanco, encorvado y débil. Otro.

Solamente cuando el brazo largo pudo aferrarse a la tumba, el tiempo se encargó de matar su trabajo también.

Una tras otra, fue separando las piezas que tanta sangre había costado unir, dejando nada más que palabras atrapadas en papel.

Una campaña de conquista incompleta, encarcelada por siempre en la rabiosa mente de quien juró regresar con ojos de fuego y odio.

El dolor desapareció, dejando como recuerdo de su estadía una gran cicatriz rodeando el contorno del hombro. No se veía bien, reconoció John Narrowfield en el espejo, pero sí que se sentía placentera y agradable. Al pasarse suavemente los dedos de la otra mano sobre la pálida superficie, el piloto experimentó en su cuerpo la supervivencia; una batalla ganada. Parecía increíble después de todo aquello. Le oyó decir que no dejaría pasar ya nunca más el osado negro invasor y putrefacto. Él se creyó esa promesa. Ante sus ojos, además, el espejo quiso agregar que su cuerpo recuperaba peso poco a poco. Aún quedaba trabajo por hacer, pero las fuerzas regresarían. Las suyas y también de los soldados allí presentes en la enfermería. Momias antes, tras la intervención mágica de Benjamin Castle, ahora se les encontraba la humanidad. “El Sanador” y “El Milagroso”, entre otros nombres que habían usado para referirsele. Una punzada de orgullo carcomió el corazón del piloto, y no pudo contener el deseo de verlo de vuelta, de salir a la batalla y encontrarlo.

Y decirle gracias, pensó, solo eso sé que me pedirá.

¿Dónde estaría ahora? Dijo que en Francia la última vez, peleando para liberar ese país de las garras del enemigo. Le acompañaba Saber, un arma terrible e inteligente, pero no carente de

una bondad innata. Narrowfield sabía que estaría bien. Ahora, por fin, podía pensar en sí mismo haciéndole frente a sus batallas personales. Ahora por fin estaba en igualdad de condiciones. Y volaría, eso nadie se lo volvería a impedir.

– La magia es algo asombroso, ¿no le parece? – preguntó a su lado el viejo doctor que le venía tratando. Su perplejidad no le quitaba la alegría de presenciar en su ya larga vida algo que desafiaba las leyes de la existencia misma. Una rebeldía empleada en el beneficio de los demás. – Apenas unas semanas atrás usted estaba prácticamente irreconocible.

Narrowfield lo vio detrás de él en el espejo, una sonrisa adornando su semblante. Su propio rostro de soldado, de ojos y corto cabello castaño, lo miró unos instantes y asintió, volviendo a depositar la atención en el vello facial de su cara. O que ya no estaba ahí, al menos. Le habían dado el espejo de mano con el que encontró a un hombre barbado y extraño. Ellen siempre lo prefirió afeitado, y sus dedos continuaron acariciando las mejillas que ella solía hacer a menudo. El vello le había crecido como su ausencia, pero qué extraño, la seguía echando en falta ahora que ya no tenía nada.

– Estoy haciendo las cosas poco a poco – respondió entonces. – Pensando cada cosa y tomándome mi tiempo. Si voy muy rápido temo no ser capaz de reconocerme.

Escuchó la breve risita del doctor a continuación. Cómo cambiaba el humor acorde al estado del paciente, este viejo.

– Curioso lo que me dice. Un piloto no se puede permitir tanta cautela. Siempre está en movimiento.

– Ya, yo me refiero al piloto sobre el suelo. En los cielos me conozco muy bien.

– Este muchacho que estuvo hace poco... Benjamin... ¿Qué... qué fue exactamente lo que hizo? Me explicó que utilizó magia de tierra y un poco de arcilla... pero alterar de esta forma los síntomas de la bala mágica nazi...

– Ni él tenía una idea demasiado clara de lo que estaba haciendo, me confesó. No vino a despedirse como yo le pedí en mi carta. Vino a salvarme, o a hacer todo lo que estuviera a su alcance para eso. Pero su idea funcionó, como podemos ver. Lentamente todos nos estamos recuperando.

A volver a convertirnos en hombres de guerra.

– Esto tiene que saberse. Los efectos de aquella magia, me refiero. Puede salvar vidas. ¿No le dijo cómo la fabricó?

Narrowfield no tenía lo que buscaba, se lo hizo saber con un gesto.

– Pero si es tan importante, los altos cargos del ejército van a conseguir de una u otra forma esa información – agregó antes de sumirse en un silencio reflexivo. Sabía que el viejo lo decía con las mejores intenciones, pero cualquier forma de magia en manos de hombres acostumbrados a la batalla no eran jamás buenas noticias. La magia había llegado para

quedarse. Mejor que fuera en menor cantidad. – Cuando yo alcance su edad, ¿qué cosas habré visto que usted, en este momento, apenas puede empezar a imaginar?

Claro que no le respondió la pregunta, no esperaba que lo hiciera.

– Agradezco mucho sus cuidados doctor – agregó cuando ya vio suficiente. – Ahora sin embargo me esperan más cosas difíciles. Los altos cargos querrán tenerme a su disposición ahora que estoy pronto para volver a la acción.

No son los que más me preocupan igual. ¿Para qué me querrá Alik Makiri esta vez?

Con algo de dificultad al principio, y utilizando la pared a su lado como apoyo, Narrowfield fue dando un paso a la vez. Caminando y no volando, por lo que avanzaba despacio. Pronto su cautela dio paso a la confianza, cuando ninguna chispa de dolor mordió su cuerpo. Así aumentó el ritmo de la caminata, hasta que finalmente abandonó la enfermería, encontrándose con un pasillo tenuemente iluminado. Médicos y soldados haciéndose paso, entrando y también saliendo, no prestándole ninguna atención, concentrados en su mundo personal de trabajo. Por la ventana vio que afuera anocheecía, y un escalofrío se hizo paso por su camisa blanca. El otoño golpeando a la puerta. En nada el año de sufrimientos acabaría, dando paso a otro más, que podría llegar con exactamente lo mismo para ofrecer. No eran observaciones muy alentadoras, comparadas con el estado con el que se levantó, pero si había algo más difícil que la sanación de un hombre era la del mundo que lo rodeaba. Nadie estaba particularmente deseoso de atenderlo, tampoco. Y Narrowfield no detuvo los pasos, sin embargo. Pronto le llevaron al despacho donde esperaba la oficina del Capitán de Operaciones. Su superior inmediato, quien ya sabía las noticias pertinentes a su estado y su recuperación. Era la persona que le diría cuál era el siguiente paso que debía dar. Lejos de Londres y sus nauseabundas enfermerías, esperaba.

Cuando Narrowfield ingresó a la sala de espera, la secretaria allí custodiando el acceso vio a un hombre que esperaba encontrar, mas ello no hizo mucho por impedir la sensación de sorpresa en su joven rostro. No lo encontró demacrado ni moribundo como oyó decir tantas veces atrás. Tampoco rebosaba vida, pero se veía que estaba yendo a ello, de la forma en que el piloto podía y entendía hacer. Limpio y prolijo, con unos pocos pelos posteriores rebeldes aún al poder de agua y peine. Vestido con blanco y gris, de ninguna manera parecido a sus compañeros de profesión, más pomposos y orgullosos. Ella ni por un momento pensó en John Narrowfield como en otra cosa que no fuera un hombre de los cielos. Como el hombre extranjero traído para hacer frente a los bombarderos alemanes azotando cada rincón de Inglaterra. Había acabado con unos cuantos. Seguía sin ser el mejor en dicho campo, pero no estaba detrás de muchos. Sí que ponía más empeño en el acto mismo de volar que cualquiera de ellos. Podía verse fácilmente al apreciarlo en las alturas, maniobrando como el maestro de una vieja danza exótica y olvidada; no olvidando él que su trabajo seguía siendo el de dar muerte. Un ave con manos, un ángel de hierro, en definitiva. Cuando le ingresaron al hospital del cuartel en un estado más cercano a la muerte que cualquier otra cosa, los que lo vieron no se lo creyeron del todo. Menos que nada querían verlo marchar entre espasmos y agónicos gritos, nada propios de hombre o rapaz por igual. Al parecer les había escuchado, pues ahí estaba, de pie y a la espera, observando a su alrededor como si no terminara de creérselo él tampoco.

– Señor Narrowfield – saludó la secretaria, sonriendo tímidamente. – Me alegra comprobar que ya se encuentra mejor.

– Me falta actividad para sentirme pleno, pero sí. “Mejor” es la palabra correcta en este momento.

– El Capitán le está esperando en su oficina. ¿Le gustaría que le llevara un café?

La sola pregunta le paró en seco. Los ojos marrones de ave miraron con desconfianza los de la humana en frente, también marrones y jóvenes. Amabilidad. No, mejor dicho lo parecía, pero era pura y exclusiva cordialidad profesional. *Es parte de su trabajo.* Quienes se preocuparon realmente por el piloto estaban todos lejos, y a la gran mayoría no podría verlos ni viajando en avión. Aun así debía calentar el cuerpo de combustible.

– Sí, se lo agradecería mucho.

La mujer asintió, poniéndose en pie inmediatamente y yendo hasta la puerta del despacho del Capitán. Le avisó que su visita al fin había llegado.

– Puede pasar – le informó a Narrowfield entonces. – Enseguida estoy llevándole el café.

Una cantidad inmensa de papeles desparramados sin orden por todo el escritorio y una pila de hojas una sobre la otra fue lo primero que atrajo su atención una vez puso el primer pie dentro de la oficina del Capitán. Este era un británico de cuarenta y pocos años, envejecido prematuramente, con el pelo casi completamente cubierto de canas blancas y grises. El estereotipo clásico de los hombres como él, pero si era un cliché, mucha parte de verdad tenía también. Su cabello oscuro camuflado entre la maleza podía verse quebradizo sin dificultad. Por lo poco que el piloto sabía de él, era un tipo metódico y ordenado, de gestos imperturbables como todos los que compartían su puesto por el mundo, como los que le dirigían los pasos también. Las guerras se pelean en el escritorio, principalmente. Estas eran las consecuencias. Y las balas del Capitán eran las palabras que quedaban marcadas por siempre en la interminable escalera de papel. Narrowfield le saludó, pero los cansados ojos negros del Capitán lo miraron durante un instante, analizando su estado, juzgando cada cosa. El porte que mantuviera, la cara que pusiera, las manos que moviera o dejara suspendidas en el aire. Todo lo juzgaban los hombres como él. Nunca se sabía exactamente para qué, ni qué sacaban con aquella inspección, pero así igual lo hacían. En ningún momento se levantó a darle la mano e invitarle a tomar asiento, observó el piloto, igual de juicioso. Subiendo la escalera había perdido parte de su humanidad.

– Lo noto mucho mejor comparado a cuando le vi ingresar – dijo el Capitán. Narrowfield se había sentado en la silla contigua sin esperar la invitación. Así, sus ojos continuaron enfocándose los unos a los otros. La primera pelea. No había especial animosidad entre los dos, pero ambos sabían que buscaban exactamente lo opuesto del otro. – No estoy seguro si está aún en el nivel más óptimo.

– Es el mínimo que me permite ponerme a trabajar – rígido como estaba, no pensaba delatar su nerviosismo con un movimiento imprevisto que le sentenciara a otro día más en tierra.

– Eso dice usted. Hoy mismo abandonó la cama en la que llevaba casi cuatro semanas postrado. La magia actúa, pero el cuerpo es más lento.

– Concédame el permiso para regresar y verá cuán rápido se me pone mejor el cuerpo.

Si fuera por él, claro, me dejaría aquí hasta que considere que ya estoy listo para volver. Tanto como si fuera mañana como dentro de un mes. ¿Qué me asegura que seguirá habiendo guerra para entonces?

Como cada día, Narrowfield pensó en los Servants, aquellas armas tan terribles. En Benjamin que acompañaba a una, en lo que le dijo a Saber, en lo que le respondió. Ahora recuperado, fue del todo más consciente de que ni rodeado de nubes evitaría encontrarse con ellos. Si te querían encontrar, tarde o temprano lo harían. Pero sí que los vería mucho menos a que si continuaba en tierra. Mejor sobrevolar el infierno a aterrizar en él. Antes de que el Capitán pudiese replicar, su secretaria abrió la puerta del despacho, trayendo consigo el café prometido. Dos tazas blancas y humeantes que dejó sobre las manos de aquellos guerreros tan distintos. Ambos agradecieron su calor, respirando el aroma del pequeño alivio que quedaba.

– Muchas gracias – le dijo igualmente Narrowfield. Podía ser mera cordialidad, pero no por eso se eximía la gratitud.

– No permitiría su reintegro inmediato – sentenció finalmente el Capitán cuando la puerta se cerró tras ellos.

– Pero esto dejó de estar en nuestro poder – finalizó el piloto, conociendo la situación. Dio un trago al café caliente y la bebida no tardó en inundarle de renovadas fuerzas. Cuánto lo agradeció. – Es una decisión que viene de parte de Alik Makiri. ¿Quién va a desobedecerle? Para qué me quiere es lo que me encantaría saber.

Una mirada expectante era la que veía el Capitán frente a él. Cómplice además, de alguien que espera que se le dé algo que sabe muy bien está en tu poder. No duró mucho más la gran pantomima, y de uno de los cajones del escritorio el Capitán extrajo un sencillo sobre de papel garbanzo. El símbolo púrpura de la familia Makiri sellado en el centro. Un feroz cráneo peludo de oso, con las mandíbulas abiertas y amenazantes. Narrowfield lo inspeccionó durante un segundo, no dudando de su autenticidad. No librándose de la incomodidad que los ojos del oso le transmitían cuando le veía al alma directamente. Creyó escucharle cerrar las fauces cuando tomó el sobre que le tendían. Sus órdenes. Su próximo destino. Suspiró brevemente y rompió el sello, develando el contenido dentro del sobre. Un papel doblado y una nota adjunta. Una prolija caligrafía negra sobre el blanco.

Quiera la fortuna depositarte este mensaje mío sobre el regazo.

Quiera la alegría de este hombre saber que te has sobrepuesto al terrible castigo que impone la codicia humana.

En tierra soviética, Benjamin fue invitado y bienvenido. Enseñado y aconsejado a continuar peleando

por

paz.

Pero terriblemente me veo en la necesidad de recurrir a la valentía americana nuevamente.

Si es voluntad del fuego el que vuelvas a montarlo, sabrás cumplir las indicaciones que he de darte para llevar tu mano hacia la paz también.

Encontrarás pertinente el mapa que he adjuntado. Has de estar ahí el día 29 de agosto. Un agente a mi nombre estará esperándote.

No había firma en el remitente, pero eso no impidió a Narrowfield reconocer la mano de Alik Makiri. Un sudor frío le bajó por el cuerpo, sensación que ni el café caliente pudo derrotar. Ni siquiera releendo varias veces las palabras pudo disipar el sentimiento de incomodidad. Se había intensificado, si acaso. Tres palabras en concreto le intranquilizaban, puertas todas ellas hacia información que el jerarca soviético había conseguido. Castigo, Benjamin y fuego, concretamente. La primera porque hacía referencia a su baja involuntaria tras los acontecimientos en Normandía. La más pública de las revelaciones, no era tan difícil saberlo si se seguía una minuciosa inspección de las listas de soldados disponibles. No sería de extrañar que se le filtrara a Alik Makiri sabiendo que había solicitado los servicios de Narrowfield poco antes del ataque en Normandía. Más extraño era el nombre de Benjamin allí presente, porque el jerarca había logrado establecer la conexión que les unía. Lo vio solo una vez, y no compartieron muchas palabras, menos aún relacionadas con su familia. El muchacho pudo haberlo revelado el tiempo allí presente, pensó entonces, pero era poco probable. Benjamin era casi tan cauteloso y desconfiado. Pero de entre todas, la palabra fuego fue sin duda el golpe más doloroso del grupo. Porque era hasta más personal incluso, y porque entendía la referencia. El avión abandonado. El cómplice en su ataque aéreo contra Finlandia. El fuego que consumió la tierra del invierno eterno. Alik Makiri le traía el permiso de volar, pero ya había dejado claro su precio.

– ¿Le ocurre algo, piloto?

En lugar de responder, no encontrando las fuerzas aún para eso, Narrowfield prefirió entregarle el documento al Capitán y que lo viera por sí mismo. Entendería mucho menos, pero no se le escaparía lo esencial.

– Así que la reunión se va a llevar a cabo en Suecia – dijo el hombre una vez leyó la breve carta e inspeccionó el papel doblado que vino junto a ella. Un mapa del país escandinavo, con pequeños puntos indicando aeropuertos. – En Estocolmo precisamente, si me guío por la cruz remarcada en rojo.

– No me da la sensación de que sean noticias nuevas para usted.

– Porque no lo son. Lo único nuevo es el lugar. Allí en Suecia va a discutirse un armisticio entre la URSS y Finlandia, un acuerdo que ponga fin a sus sangrientas batallas. ¿Qué mejor que el país de la neutralidad para discutir un problema entre otras naciones? Diplomáticos de todos los países Aliados estarán en la reunión para acordar los términos.

– ¿Y yo qué pinto en todo eso? No soy precisamente un mensajero de la paz.

– Usted llevará el regalo que le hace su país a los fineses para calmar sus ánimos. Tengo entendido que *Spitfire* aún reposa sin uso en el hangar donde le dejó hace varios años. Un avión maldito, como dijo usted. Ninguno de nuestros pilotos ha querido usarlo. Nos cuentan que todavía arde en su interior, como si estuviera en llamas. Al tocarlo evidentemente pareciera que así estuviera.

Narrowfield había vuelto a recordar involuntariamente la existencia del avión maldito gracias a la carta recibida. Ahora se le estaba confirmando que tendría un papel bastante real, con nadie más que él mismo acompañándolo. Seguía siendo un vehículo que no deseaba volver a ver. Quizás hasta había llegado tan lejos como para odiarlo, creyó reconocer en ese momento. *Spitfire*, el escupe-fuego, fue la máquina que se le entregó a su cuidado el momento que se recibió de piloto y se enlistó en la guerra. Era también quien le conocía mejor ese tiempo que llevaba peleando. Más que su querida Ellen, incluso, pues ella no le acompañaba cada día a arrebatar vidas. Todo eso cambió cuando hombre y avión fueron llamados a la lucha contra Finlandia. Nación a la que hasta entonces no le había dedicado un segundo pensamiento. Luego ya no pudieron olvidarla. Fueron de los primeros en conocer el poder de las terribles Salamandras soviéticas. Arma experimental en aquellos años, un prototipo utilizado por primera vez para lo que se le había creado específicamente. *Una terrible coincidencia que haya elegido aquel nombre para el avión*, pensó entonces y volvió a pensar ahora. Las primeras Salamandras cayeron como una lluvia de meteoritos de su cuerpo, que en muy poco tiempo lograron consumir gran parte de la zona occidental del país, arrasando con tundra, bosque, lagos y cualquier vida rondando cerca. A día de hoy seguía siendo un cementerio carbonizado. Ni siquiera en el aire él o sus compañeros homicidas pensaron en la seguridad aérea cuando vieron el tamaño que alcanzaba el fuego infernal, cuyo humo, largos dedos negros, bloquearon toda visión.

Hoy en día las Salamandras soviéticas no provocan un daño tan extenso si se utiliza en pocas cantidades, a diferencia del modelo inicial que reunía más potencia en menor cantidad. La fórmula se perfeccionó, podía decirse, pero a Narrowfield seguía asustándole lo fácil que podía ser arrasar una ciudad entera. Bastaba un descuido en la cantidad de pólvora y las propiedades mágicas en su interior para ello. Que no se hubiese hecho ya, decía que había por lo menos quienes sabían que no quedaría mundo alguno por el que pelear. Bastante razonables podían ser los líderes de las Grandes Familias Nobles en ese apartado.

Nos dijeron que bombardeáramos la zona y no preguntáramos nada. Ni siquiera sabíamos lo que cargábamos.

– La magia de Alik Makiri estuvo en ese avión – dijo Narrowfield tras un tiempo eterno. – ¿Por qué no lo destruyeron si solo ocupaba espacio?

¿Por qué no me liberan de todo esto?

– Recibimos órdenes de no hacerlo – respondió el Capitán sin agregar nada más. No hacía falta, ya sabían de quién vino la orden.

– ¿Me está diciendo que Alik Makiri sabía exactamente que llegaría el momento de volver a utilizar ese avión? ¿Cómo sabía que me recuperaría de aquella bala en Normandía? Recuerdo que ya se me había convocado antes del ataque, ¿todo esto ya estaba planeado entonces?

El piloto se puso de pie sin darse cuenta, mandando al demonio sus intenciones por permanecer estático. Volvía a sentirse vulnerable, preso en otra jaula. Ésta un poco mayor, pero prisión al fin y al cabo. Debía ser todo una maldita broma, deseó incondicionalmente al apreciar el severo gesto de su superior.

– Siéntese – ordenó este sin apartarle los ojos de encima. Estas eran las cosas que precisamente deseaba evitar. Vio que Narrowfield obedeció y procedió a inmediatamente llevarse la taza a los labios para calmar sus sentimientos. – El tratado de paz entre la URSS y Finlandia es algo que ya llevaba tiempo considerándose. Desde un principio Alik Makiri consideraba hacer uso de usted para llevarles aquel avión, según lo que nos informara. Su situación en Normandía no fue más que una desafortunada coincidencia.

No le convencía la respuesta.

– Su carta parece indicarme que él esperaba que yo me recuperara antes de esta reunión.

– No, está siendo paranoico. Lo que la carta indica es un escenario hipotético en el que se desea su recuperación. Ya se habían tomado medidas para el transporte de *Spitfire* en caso de que usted siguiera imposibilitado de movimiento o incluso muriera. La carta fue solo una preparación en caso de que se recuperara y todavía estuviera a tiempo de hacer este encargo. El avión va a ser entregado sin importar la situación. ¿He sido lo suficientemente claro?

Narrowfield dio los últimos dos sorbos al café caliente, pensando nuevamente en su cuñado Benjamin y la conveniente omisión de ese detalle por parte del Capitán. Lo pensó sacar a la luz, ¿pero qué ganaría con eso? No podía pretender siempre demandar toda la información que hasta incluso sus superiores podían desconocer, ni mucho menos jugar con la libertad que acababa de ganar. Podía ser motivo de una suspensión, o hasta peor. Si el hombre más poderoso con el que contaban los Aliados tenía interés en él, mejor callarse y usarlo a favor. Apartó la taza vacía y volvió a suspirar, decidido a mostrarse humilde para que le dejaran hacer lo que más quería.

– Sí, señor. Lamento mi reacción. Estoy más cansado de lo que pensaba.

– No me importa si ahora mismo cayera Alik Makiri del cielo, hoy no voy a permitirle pilotar. La reunión en Estocolmo está planificada para dentro de dos semanas a partir de hoy. Usará ese tiempo para recuperar la actividad. Mañana mismo se levantará temprano para comenzar los ejercicios de rutina y así evaluar finalmente si me está diciendo la verdad. Hágase a la idea de que volverá a reunirse con el avión al que abandonó. Dos días en barco es lo que demorará en llegar. Tendrá que estar preparado.

Ni un día más se demoró en reaparecer el demonio escupe fuego en la vida de John Narrowfield. El Capitán le advirtió que se estuviera preparado, y el sueño reparador que tuvo, primero desde una agónica eternidad, le hizo creer estarlo hasta entonces. No lo hizo mal durante los ejercicios de entrenamiento, volando y maniobrando como el resto de sus compañeros con un avión prestado. Les había demostrado que mientras más tiempo permaneciera en tierra, más empeño pondría de su parte en volar sobre los cielos. Pocas alternativas más que creerlo fue lo que les quedó tras ver lo ocurrido. Días en casa, fueron esos, y John Narrowfield estaba de vuelta. Días cortos fueron también, pero increíblemente satisfactorios. Volver a posar la vista sobre el negro cuerpo del demonio hizo que aquella

sensación se perdiera, maldiciendo las dudas que se juntaban en su cabeza. Era casi como una planta maligna, del que cuyo florecimiento no tenía control ni opción. *Spitfire* no había cambiado nada, pero ante sus invisibles ojos mecánicos, Narrowfield sintió que para él estaba completamente distinto. Más viejo, más desesperanzado, más muerto. ¿Cómo habría de tomárselo a ello? *Con furia*, pensó al llevar la mano sobre la metálica piel oscura. Seguía ardiendo, increíblemente. No le había perdonado y no había olvidado nada, supo. La verdadera batalla comenzaba ahora.

Estos mismos sentimientos continuaron comiéndose su mente varios días más tarde, cuando luego de más y más días de entrenamiento, partió finalmente de Londres con la negra bestia. Al contrario que cuando voló con aviones prestados, para el piloto experimentado esto no había resultado nada sencillo. *Spitfire* estaba vivo, era lo que mejor describiría la situación. Fiero e indomable, pero ahora lo estaba como nunca, producto de años de aislamiento e inactividad. Por momentos se hacía clara su intención de libertad, de desobedecer el firme control en las manos del piloto, buscando ir más allá por su propia cuenta, lejos de cualquier cadena. Qué importaba que el vasto cielo alrededor se mostrara despejado y con poco viento, de las veintidós horas de vuelo que separaban Londres de Estocolmo, pocas de ellas carecieron de una maniobra inesperada, una repentina picada hacia abajo que con el corazón siempre a punto de salirse por la boca, John Narrowfield lograba evitar. Estaba claro que era una prueba. Su prueba. Como mago que era, podía sentir alrededor la presencia de magia por cada rincón del avión de combate, similar a un aire sobrecogedor e invasivo. A momentos los ojos le engañaban, o eso es lo que creía. Juraba haber visto cómo la cabina conteniéndolo parecía encogerse, apretándole el cuerpo ese acero carcelero; otras veces sentía un ascenso en la temperatura, a una velocidad imposible, pero volviendo a la normalidad con la misma rapidez. Eran tormentos que duraban lo que un parpadeo, y al siguiente, Narrowfield encontraba siempre una aburrida normalidad. Fue la confusión para él algo tan inescapable como lo era el hambre atroz de su salvaje montura negra. También tenía espacio para el temor, que lograba hacerse paso por los apretados muros del deber; a ese estaba más acostumbrado no obstante, y pocas veces notaba siquiera su presencia. Más le concernían los susurros que escuchaba, que le aseguraban que no había lugar más seguro en todo el mundo que en el que ahora se encontraba. Y lo creía. Tenía motivos para hacerlo. Otros miles ya habrían perecido por capricho de *Spitfire*. John Narrowfield lo estaba obligando a seguir adelante, como supo hacerlo tiempo atrás.

Así, al segundo día de viaje, luego de partir de Dinamarca para reponer fuerzas, hombre y máquina aterrizaron en suelo sueco. No era país que hubieran pisado antes, pero se oía mucho de él en los tiempos que corrían. Una tierra de neutralidad, contaban maravilladas y envidiosas las víctimas de guerra. Una nación que no había tomado parte por ningún bando, y por ende podía presumir de una paz que debía venir por defecto en un mundo civilizado. El personal militar que Narrowfield encontró tras bajar del avión no parecía verlo tan así, y fue lo único que le recordó a los viejos vicios de los guerreros. No había sonrisa en sus caras y todos se apartaron de su camino con una única mueca de sospecha y desconfianza hasta alejarse de su vida para siempre. Nada más que un traductor designado para escoltarlo se dignó en darle la bienvenida. Su marcado acento sueco intentando dar forma a una charla banal e insípida de la que el piloto no estaba muy interesado en participar. Su cabeza solamente guardaba lugar para *Spitfire* y las consecuencias que sin duda traería su presencia para los fineses, que estaban también en tan tranquila nación. Pensando qué no lo sabía, pero habría dado cualquier cosa para saberlo. Una reunión de paz, dijo el Capitán varios días atrás. El deseo por un armisticio que pusiera fin a tanto rencor humano. Una excusa para que viejos enemigos se vieran las

caras, más bien. El clima frío que no tardó en calar los huesos de Narrowfield hizo bien en recordarle aquello, de que no tenía nada que ver, y sin embargo ahí estaba. ¿Qué era para él todo esto? Nada, sencillamente, pero tampoco quería que la codicia destructora se hospedara ahí también. Reconfortaba saber que por lo menos una parte del mundo se encontraba bien.

Solo espero no haber sido yo quien trajo las ganas de conflicto, pensó.

– ¿A dónde me lleva? – le preguntó al traductor tras un tiempo de caminata. Odiaba que la gente no dijera las cosas solo porque pensara que era un soldado que no hacía cosa más que reaccionar. – Tenía entendido que un enviado de Alik Makiri me estaría esperando.

– Le estoy llevando hacia ella, precisamente. Aquí. Hemos llegado. Una persona muy importante está tras esta puerta. Confío que sabrán llevarse bien.

La puerta de la habitación se abrió develando un amplio estudio. Limpio y cálido, rodeado por el olor de libros viejos y bebidas calientes. Aperitivos de toda índole reposaban en la mesa para acompañarse mutuamente. Otra imagen de paz, y un gran sofá color beige donde aguardaba una mujer con un libro en sus manos, leyendo. No prestó ninguna atención a la puerta cerrándose y al hombre entrando dubitativo al nuevo mundo. Narrowfield por su parte no dejó de mirarla. Si pretendía entender más con solo encontrarse a la persona que Alik Makiri le había mandado se había equivocado. La mujer no pintaba nada con las imágenes que ya había visto él de gente de guerra. Rostros endurecidos los de todos ellos, desprovistos de casi toda pasión. Y si se veía una sonrisa dibujada seguramente no lo era por nada bueno. Esta mujer no conocía tal mundo. Su piel blanca develaba el cuidado, seguramente ignorante también de toda sangre ajena. Su cabello, corto y dorado, jamás estado prisionero bajo un casco de batalla. El único camuflaje conocido por el vestido sobre su cuerpo era el de entre los zafiros y el mar azul. El chal púrpura sobre los hombros fue la última prueba que Narrowfield necesitó. Un color de la realeza. Un color peligroso, como ya sabía. La mujer cerró el libro finalmente y lo apoyó sobre la mesita delante, momento en el que habló con voz suave y desprovista de hostilidad.

– Bienvenido a Suecia, señor Narrowfield. Por favor tome asiento. Póngase cómodo.

Obedeció, posicionándose frente a ella en el sofá contiguo. Solo cuando la vio a los ojos azules descubrió lo joven que era. Casi de la misma edad que Benjamin, se atrevió a adivinar. Demasiado joven para ser una diplomática. *¿Quién es esta chica entonces?* Se hizo la pregunta.

Y ella la contestó como si estuviera esperando que se la formulara secretamente.

– Me llamo Inna. Inna Makiri – dijo con la mano extendida hacia Narrowfield. Una sonrisa endulzando su porte. – Tengo entendido que trabajó con mi esposo Alik varios años atrás.

La mano de Narrowfield quedó congelada en la otra durante ese instante. La sorpresa no fue tanto por descubrir que era esposa de su empleador, hombre que se disputaba el puesto del más poderoso del mundo, sino que había sido ella misma la que se presentó ante él, nada noble ni relevante, tan inocentemente como desprotegida ante un completo extraño. Narrowfield no había visto un solo guardia plantado tras la puerta donde le dejó el traductor, y adentro no hallaba a ninguno. Estaban a solas, y era algo que no parecía habersele pasado por la cabeza siquiera a la muchacha.

– No me caben dudas de que es un hombre con un gusto exquisito – se obligó a decirle tras una sonrisa pre armada.

– Es usted muy amable – le respondió ella con otra, auténtica a primera vista. – ¿Cómo le está tratando el frío europeo? En esta parte del mundo el invierno nos llega mucho antes. Claro que para mí esto es apenas una brisa. No sabe lo que es el frío hasta que pone el pie en territorio soviético.

– Poco importa el frío cuando debe salir al campo de batalla a conservar su vida.

– Ah, eso sí que es tristemente cierto. De nuestra parte creo que solo podremos esperar a que este encuentro sirva para construir los primeros bloques que formen el camino hacia la paz.

No le pida eso a un piloto de guerra.

Aun así no dejaba de ser una situación extraña, de la que Narrowfield era un ajeno, tanto del lugar como de la compañía asignada. No dudaba que desconocía las intenciones de Alik Makiri, por lo que tampoco debía no dudar que habría cosas que no sabría de las de Inna, si es que llegaban a diferenciarse siquiera. Él sin embargo estaba para cumplir su trabajo, pronto a acabar si todo iba como pensaba. Sus manos, apoyadas una sobre la otra encima del regazo, aguardaron ese siguiente último comando. Al no llegar pronto, no se hizo extraño el silencio incómodo que se generó en la habitación. Pudo ver cómo Inna bajó la vista en dirección al libro sobre la mesa, antes de que él dijera finalmente lo que debió haber hecho en un principio.

– El avión ya está aquí. ¿Voy a ser necesitado para algo más?

– Eso lo decidirá usted. ¿Qué puede hacer un hombre de guerra en una tierra de paz?

Inna volvió a sonreír, esta vez trayendo una leve insinuación, un velo de incógnita. Narrowfield se reconoció incómodo al notarlo, no gustándole nada la sensación. Del bolsillo extrajo la nota que Alik Makiri le había dejado. No pensaba hacer uso de ella, pero tenía a su esposa en frente. Ella debía saber qué pasaba en todo esto. Que lo dijera...

– Tal vez esta nota me lo pueda esclarecer – dijo, colocando el papel a alcance de Inna. Lo levantó y lo leyó, pero no así se pudo leer lo que había en su rostro blanco. Eso solo reforzó sus sospechas de que estaba involucrada en más cosas de las que se aparentaban en un principio.

Es una maga, ahora estoy seguro. Y una muy poderosa como para no tener a nadie que la proteja. Todo esto es un alarde.

– Mi esposo tiene una manera muy... particular de hacer las cosas. No puedo hablar de todo lo que calla, pues ni yo estoy al tanto de todo. Pero sí puedo garantizarle que si recurre a usted nuevamente después de todo este tiempo, es porque es algo que solamente usted puede hacer.

– Que es la batalla.

– Sí, aunque existen muchas clases de batallas, señor Narrowfield. Usted puede elegir en cuál participar. Hay dos opciones para usted en este momento. La primera no tiene más para ofrecerle que lo que ya tiene, una casa en los cielos en la que viva sus últimos días antes de caer irremediabilmente al suelo. Por siempre esta vez. La segunda puede ser menos de su estilo, pero promete un reconocimiento quizás incluso mayor del que ya tiene. De elegirla, no estaría recorriendo un camino muy diferente al que tomó Benjamin, significando que aún puede hacer algo para que los Aliados se sobrepongan a la pérdida de Saber.

– ¿Pérdida de...? ¿De qué está hablando?

– ¿No lo sabía? Lo siento. Hará cuestión de unas horas recibimos un reporte sobre la situación en Francia. Las fuerzas Aliadas lograron retirar del país al enemigo. Lamentablemente durante la batalla se ha confirmado la muerte del Servant clase Saber con el que contábamos. No así su Master, no se preocupe. Benjamin está vivo, aunque si bien bastante herido tras la batalla. Ello nos ha dejado de todas formas una gran oportunidad para un contraataque en Alemania.

Benjamin... le había reconfortado saber que no estaba muerto, aunque no significaba que se le disipara la preocupación. Para alguien que había estado postrado en una cama casi al borde la muerte, oír lo mismo de otra persona le hacía saber especialmente cuánto se deseaba el confort de morir. Benjamin era un muchacho más joven que él, más fuerte mentalmente también, según lo que vio tras la visita; pero un dolor, especialmente intenso y constante, podía enloquecer a cualquier hombre y robarle la valentía tan descaradamente. Qué irónico el cambio de roles que se había dado. Ahora era él el que deseaba estar ofreciendo compañía. Llegó hasta sentir una pizca de remordimiento por Saber, el Servant que le había puesto en duda. Volvió a descubrir que las bajas eran frecuentes e inevitables, y dolorosas pese a que le ocurrieran a alguien que ya murió una vez. Para Benjamin ese Servant debía ser un apoyo emocional inmenso, y ahora ya no lo tenía. Solamente tras un minuto de silencio voluntario, la voz de Narrowfield encontró la forma de salir.

– ¿Un contraataque del que se espere que forme parte?

– Solo si la primera opción le tienta más. Como le dije, la segunda puede ser algo a lo que no está acostumbrado del todo, pero que puede ofrecerle mucho más que simple experiencia de supervivencia.

– Lo siento, no creo estar entendiendo.

– ¿No? Fue su propia sangre la que me dijo todo lo que le he repetido. Que no pueda escucharla... en fin. En otros términos, implicaría formar una alianza entre Finlandia y la URSS para, si no vencer, por lo menos debilitar gravemente a la Alemania de los Einzbern. ¿Cómo se preguntará? Ahondaremos más en eso si decide participar, pero solo por respeto a su orgullo, le comentaré que incluye el encuentro y posterior eliminación de Berserker, el temible Servant de las fuerzas nazi que tanta ruina ha causado ya. Tengo entendido que ya se han encontrado una vez. Puede ayudarnos a hacer que se las pague.

Aquella sola y terrible mención hizo que la incomodidad que venía instalándose cómodamente en cada recoveco del cuerpo de Narrowfield se acentuara a niveles mayores. Solamente con mencionar su nombre se veía inmediatamente transportado a aquel terrible día en Normandía,

rodeado de arena y muertos. Nada más que un nombre le llevaba a la realidad todas sus pesadillas.

– No digo que no quiero ver a ese monstruo bien muerto – dijo Narrowfield al principio, buscando convencerse de lo que decía. – Pero no sé si me siento realmente preparado para eso. Si sabe tanto sobre mí, sabrá entonces que tengo miedo. Temo a esa criatura. Me niego siquiera a creer que una vez fue humano, que llegó a vivir en el mismo mundo que nosotros. Lo que yo vi allí... estoy seguro que es algo que hizo en cada sitio por el que pasó. Que es algo que incluso hoy en día sigue haciendo, quizás en este mismo momento. Eso me aterra como nunca otra cosa lo había hecho antes.

Oyó el suspiro de Inna al momento que la vio abrir el libro frente a ella. Un libro de historia, creyó distinguir Narrowfield. Inna se lo dejó a su alcance, abierto en una página que le indicó que viera. “Que se preparara” quiso decir, pues ahí, en esa simple hoja de papel, había dibujada una roja pesadilla tan espantosa. Las diferencias artísticas no se distanciaban tanto con la forma que recordaba el piloto. Las mayores diferencias estaban en la vestimenta. En el libro, lo veía cargando el cuero, la piel animal y el acero por doquier. Su propia piel apenas comenzando su colección de cicatrices. El fiero rostro humano develando también los primeros indicios de una locura creciente. Berserker presidía una enorme multitud detrás, de fornidos guerreros en su mayoría, pero todos eclipsados en fuerza y ferocidad por su rojo líder. Llevaban las hachas, las lanzas y las espadas como si juguetes fueran, pero el gran incendio devorador apreciado en otro dibujo decía lo contrario. Vikingos, se los llamaba a estos salvajes destructores, y Narrowfield fue arrastrado nuevamente por el gran brazo de su rey.

– Ivar Vidfamne es el nombre de sus pesadillas – dijo Inna por él, antes de que se atreviera a leer su nombre. Su meliflua voz hablando de espantos ahora. No sonreía ya, quizás temerosa ella también de seguir hablando del monstruo. Pero continuó haciéndolo sin embargo, y Narrowfield oyó atento y alerta. – También llamado el Rey del Brazo Largo, ya que llegó a conquistar casi todo el noroeste de Europa. Nació aquí, en Suecia, cuando estas tierras pertenecían a la vieja Escania, hogar de los vikingos. No existe mucha información sobre él, pero lo que se documentó indica que fue un rey tirano e implacable. Así mismo tampoco sabemos mucho sobre sus últimos días, salvo dos versiones que consiguieron zafarse de las garras del tiempo en forma de leyendas. La primera dice que se quitó su propia vida cerca del golfo de Finlandia; la segunda, más fantástica, que fue asesinado por la mano de Odín, al considerarlo un héroe inmortal que no podría caer nunca ante manos humanas.

– No me caben dudas de eso último. ¿Cómo... cómo piensan derrotar a esa criatura?

– No develaré más detalles a menos que acceda al trabajo. Ya le he dado demasiada información gratuita. En última instancia es una pregunta. ¿Aceptaré este nuevo miedo o preferirá volver a sentir el que ya está acostumbrado? ¿A la larga cuál cree que va a causarle más daño?

Así que en eso se resume todo. Berserker o yo mismo. ¿A qué le tengo más miedo?

Estaba por un lado la rabia de un fantasma. Altamente destructiva e imparable, pero única y que se acabaría el mismo momento que su vida espiritual se apagara; estaba del otro el conflicto humano, sin final a la vista, sin prometer cuánto tiempo se alejaría hasta estallar la guerra siguiente. Narrowfield podía verlo. La batalla entre sus propios pares. La recompensa de

un vuelo más inmediato que le acerque irremediablemente a su último. Más tiempo surcando los cielos en busca de su Ellen. Sí, era la opción para él, para el ser humano que todavía vivía, que nada pintaba en asuntos de guerreros de antaño. La imagen de Benjamin entonces se le apareció. La imagen de un joven herido, quién sabe en qué estado y en qué condiciones, de qué le había herido, de si lograría evitar que lo hiciera una segunda vez. Él también era humano y vivía, pero eligió meterse en asuntos de guerreros de antaño. Uno de estos siete había puesto su espada a su servicio incluso. Y se había acordado de él, también, cuando nadie más lo hizo. Le pidió que viniera y acudió, le dijo que se despidiera de él pero no lo hizo, sino que le salvó la vida sin pedirle nada a cambio. ¿Había terminado su lucha ahora por un mundo mejor? John Narrowfield no lo sabía, pero sí sabía que ahora le tocaba a él continuar. Fuera por Benjamin, fuera por Saber, fuera por su esposa Ellen como fuera por John Narrowfield también.

De regreso en la cálida habitación, Inna Makiri continuaba inspeccionándolo con sus ojos azules. Aguardando cualquier clase de respuesta, preparándose para las consecuencias que cualquiera de ellas traería al gran conflicto rodeándolos. No tuvo que esperar más, pues Narrowfield respondió.

– Elijo la segunda opción. El mundo ya no necesita de Ivar Vidfamne, y habrá un cielo aun esperándome cuando todo esto termine.

Ella sonrió por tercera vez, no ocultando la gratitud.

– Entonces acompáñeme a este encuentro entre fineses y soviéticos.

El 30 de agosto de 1944 la dichosa discusión por el armisticio tuvo comienzo. Como hombre de guerra que era, Narrowfield ignoraba los procedimientos para hallar paz. Eran tan extensos como una guerra, e igual de agotadores. Aquel primer día había sido netamente introductorio, y las cosas no empezaron a discutirse plenamente sino hasta el inicio de septiembre, dos días más tarde. A petición de Inna Makiri, Narrowfield debía asistir a cada encuentro y prestar atención a los reclamos fineses, a entender cómo funcionaba su cultura mediante sus representantes políticos. Costó al principio, pues los fineses allí presentes no vieron con ojos amistosos a los americanos por más que esperaran su presencia. Un semblante tolerante era lo que intentaban transmitir, y no más que eso. Narrowfield no reveló su condición de piloto, habría empeorado las cosas. Inna Makiri les había dicho que solamente era su asistente, por lo que no creía que intentaran indagar mucho más. Él los mantendría alejados de la curiosidad, de igual manera. Aunque había uno al que no se podía aplacar, o Narrowfield no encontraba la forma de hacerlo sin llamar demasiado la atención. El finés, o quien el piloto creía era su nacionalidad al venir junto a ellos, iba por el nombre de Tycho. Un tipo de mediana edad, aunque con el cabello prematuramente grisáceo, con leves tonalidades verdosas también, dejando su cabello como una mezcla extraña de ambos colores. Era tan callado como incómodo el apreciarlo. Igual que Narrowfield, prefería la comodidad del silencio, dedicado a escuchar y observar cuanto hubiera en la habitación y más allá de las paredes donde la reunión se llevaba a cabo. Observar concretamente era lo que hacía mejor. Desde aquel primer día de reuniones, Narrowfield sintió todo el peso de su mirada, la insistencia con la que sus ojos buscaban los de su propiedad. No podía encontrarle no obstante una sola emoción delatora en

el rostro, cualquier pequeña cosa que le hiciera al menos sospechar qué pasaba por la mente del loco de cabello raro. Ni siquiera podía apreciar el color de sus ojos, producto de la distancia que los separaban cada vez que tenían un duelo visual. Sí llegaba a ver una cosa, como para no hacerlo, y era el elemento más destacable dentro de la ya inusual imagen de Tycho. Su nariz, que no era normal, pues era del color del platino, apagado y jamás brillando, pero igual a una pieza de plata destacando en la deslucida piel rodeándola. Una prótesis a causa de alguna clase de accidente, pero Narrowfield estaba seguro que debía haber más opciones en cuanto a color. *A menos que quiera destacar por alguna razón*, se dijo a sí mismo durante uno de esos interminables ratos de divague mental que tenía cuando las negociaciones se extendían a niveles intolerables. A la larga, terminó acostumbrándose a la espera, a la mirada acosadora de Tycho incluso, aunque no por mucho tiempo, y volvían a vigilarse cuando los recuerdos regresaban.

Ya al tercer día tanto él como Inna habían vuelto a salir del parlamento sueco cuando el sol se ocultaba nuevamente, pero por lo que entendía tanto de las palabras que se dijeron como también del propio semblante optimista de la muchacha, las cosas parecían ir avanzando por el camino que ella pretendía. Algo sorprendente, cuanto menos, pues a diferencia del mundo que John Narrowfield conocía, en Finlandia se odiaba más el nombre de Alik Makiri que lo que se lo temía. No iban a dejarle las cosas fáciles a los soviéticos, y se asegurarían de obtener los beneficios que pedían e incluso más allá de eso. Estaban abandonando poco a poco la protección del Eje después de todo, de la recelosa y controladora Alemania nazi que ya había intercedido por ellos en anteriores ocasiones. El *führer* Adelfried no estaría nada contento, ¿pero qué clase de medidas tomarían para aplacar su ira? Esas eran las respuestas que Narrowfield más deseaba escuchar, y que aún no llegaban. Pero él sí que tenía que contestar preguntas pertinentes a la reunión que Inna le hacía. No sabía tampoco con qué objetivo, pero ella continuaba afirmando que era importante para la misión que había aceptado. Fue algo que Narrowfield empezó a ver con otros ojos. Se había olvidado de la sensación de estar cultivando la mente paso por paso, lejos de conocimientos dedicados exclusivamente al vuelo de las máquinas y a las formas de matar mediante su uso. Ni siquiera le molestaba ya la otra sensación de haberse convertido en una especie de guardaespaldas no del todo reconocido por sí mismo. Sentía en resumen algo muy parecido a cuando Benjamin estuvo de visita. Complementación y realización. Entre los dos hablaban del muchacho en ocasiones, cuando estuvo conviviendo en la casa de Inna por motivos de entrenamiento mágico.

– ¿Por qué se casó con Alik Makiri? – preguntó Narrowfield cambiando de tema, tras subir al auto que los llevaría al hotel donde se hospedaban. Eran muchas las preguntas que debía contestar, pero pocas las que recibía. Tal vez ahora obtuviera una.

– ¿Por qué lo pregunta? ¿Tan increíble le parece?

– No, es solo que, no lo sé, me parecen polos completamente opuestos. Cuando me encontré aquella única vez con su esposo, no me dio la sensación de ser un hombre muy apegado a su familia. Es... es un hombre que te deja una sensación extraña cuando te lo encuentras.

La mirada azul de Inna se perdió en el paisaje tras la ventanilla, pero asintió poco antes de contestar.

– Sí, es la sensación que les deja a todos el primer encuentro. A mí también me sucedió. Supongo que es una cuestión de costumbre, como lo está haciendo usted ahora con todo esto.

En cuanto a por qué me casé con él... no estoy muy segura. Su familia y la mía hemos sido amigas durante generaciones, pero nunca hubo pactado un matrimonio de conveniencia, ni siquiera cuando los Makiri aumentaron drásticamente su influencia tras el descubrimiento de la magia hace varios años atrás. Podría decir que fue amor.

– Creo que lo entiendo. Yo estuve casado. Ahora soy viudo, quiero decir. Mi esposa era una mujer como usted. Siempre amable y de sonrisa fácil. Nunca pude entender qué es lo que vio en un hombre de guerra como yo.

– Siento mucho la pérdida. Esa es una respuesta que ahora solo podrá contestar usted. Cuando la encuentre, tal vez ya no tenga necesidad alguna de volar para encontrarla.

Guardaron silencio entonces, cada uno pensando en las respectivas personas a quien juraron amar, quizás incluso aunque eso significara no conocerlas del todo o ser completos desconocidos para ella. Narrowfield no había considerado las palabras de Inna hasta entonces, de que si hallaba qué exactamente había visto Ellen Castle en él, tal vez tantos años de lucha podrían llegar a su fin. ¿Era algo que necesitaba? Sí, tal vez. ¿Algo que quería? Sí, lo anhelaba, ¿pero qué habría luego de aterrizar por última vez? No era como si Ellen regresaría a la vida de encontrar aquello.

– ¿Es Alik Makiri un hombre como yo? – le preguntó entonces. – ¿Un hombre de guerra?

– Sí, señor Narrowfield. Mucho más que usted. Guerra es todo lo que respira. Libra una guerra con el otro hombre más poderoso del mundo. Libra una guerra contra esa otra mitad del planeta. Libra una guerra con su Servant. Otra con su hija. Una conmigo y desde siempre ha tenido una guerra consigo mismo, con su cuerpo y su mente. ¿Habrás visto su apariencia verdad? Son consecuencias de la magia. Por eso actúa mayoritariamente en las sombras. Necesita del descanso. Es el precio que está pagando por ser tan poderoso.

– Descanso... tal vez todos necesitamos un descanso de todo en algún momento.

Qué mejor momento que ahora, tras un día repleto de suficientes palabras para toda una vida. No había aún final cercano a esos días tras todo lo que se había hecho y ofrecido ya. La política fina, aunque entendiendo su punto de vista al tratarse de un tercero, solo cedería a las promesas soviéticas cuando se les diera el poder suficiente para convertirse en la tercera fuerza dominante del mundo, solo por detrás de Alik Makiri y Adelfried von Einzbern.

Y serían la primera en caso de que les pasara algo a los dos. Pero estoy seguro que ella ya sabe todo esto.

Por fin el hotel se hizo a la vista, y ambos bajaron del vehículo, notando que en la puerta del edificio yacía esperando la figura de un hombre conocido. Sus largos mechones a los costados de las sienes siendo desplazados por el viento de la tarde, pero ni eso impidió a Narrowfield apreciar finalmente los ojos de Tycho. Del mismo color que su cabello tan inusual.

– ¿Qué hace aquí? – le preguntó.

– ¡Pues lo mismo que usted! – dijo. Una voz aguda y teatral salió despedida de sus labios con energía. – ¡Investigo y aprendo! ¡Aprendo y entonces actúo!

– Esperaba una bienvenida más temprana de su parte – agregó Inna, nada sorprendida por la presencia de Tycho. – Tres días ya. ¿No es desconfianza en lugar de precaución cuando ya estás seguro de las intenciones de tus visitantes?

– ¡Ah, usted desconfiaría de todos si viviese lo que yo viví! Pero en fin, como ahora mi curiosidad científica ya está saciada, puedo darles la bienvenida como corresponde. ¡Sean bienvenidos a la diplomacia, Inna Makiri, John Narrowfield! ¡Que la guerra verbal los encuentre bien parados!

– ¿Quién es esta persona?

¿Y por qué sabe mi nombre? Le habría gustado preguntar también.

– El mayor dolor de cabeza al que nos hemos tenido que enfrentar en esta guerra – respondió Inna, sin sacarle los ojos de encima al Tycho que miraba divertido la situación. – Está en un caso parecido al suyo, en el que es un extranjero trabajando con otros sobre asuntos que no deberían concernirle. Se llama Tycho Brahe, y es danés. Aunque creo que eso no es demasiado acertado. Un fantasma más bien.

– Caster sería el nombre que me darían en esta época y condiciones – respondió este despreocupadamente, sin sacarse la sonrisa de la cara. – Y también es verdad que al igual que su amigo, estoy aquí trabajando para una bella dama. La mía es mucho más terrorífica, y le gusta un trabajo eficiente y bien hecho. Yo pienso que eso la hace más adorable.

– Vaya, ¿y dónde podría estar ella? ¿Hablamos sobre el futuro de su país y la familia Edelfelt no se presenta?

– Oh, la verán muy pronto, de eso no hay duda. Principalmente usted, señor John Narrowfield. El Búho Blanco le ha puesto los ojos encima.



CAPÍTULO 6: DÍA ACCIDENTADO

Momo anda hacia la clase a la mañana siguiente recordando cómo ayer, entre todos los chicos y chicas de la clase, animaron y apoyaron a Midoriya tras su vuelta de la enfermería debido a las heridas de la prueba de equipos. Todos estaban ahí salvo Bakugou, a quien Midoriya persiguió poco después hasta la salida de la Yūei; la joven morena junto a sus amigas pudieron ver desde una ventana la conversación que se producía entre ambos chicos y la posterior aparición de All Might. Pero es imposible saber qué decían hasta que Kyouka le comentó de la promesa de Midoriya hacia Bakugou para ser un héroe, pues sus Earphone Jack lo ha podido escuchar aunque a duras penas por lo que sólo pudo escuchar palabras sueltas y lo que dijo sólo son interpretaciones.

Kyouka y Hagakure se encontraron con la hija de los Yaoyorozu por el camino hacia la Yūei y se pusieron a hablar entre sí sobre cualquier tema que se les ocurriera: gustos musicales, aficiones, qué cosa es la favorita de cada una... Todo lo que a Hagakure se le ocurriera preguntar, era un buen tema para conocerse mejor y a eso se le unió Ashido, a quien también encontraron de camino a la academia. Estando ya cerca de la Yūei, el grupo de chicas ve que una gran multitud de personas con cámaras y micrófonos se quedaron enfrente de la puerta de la Yūei listos para entrevistar a cualquier alumno y profesor que vean entrar.

— ¿Qué hace tanta gente aquí? —se pregunta Hagakure, cuando uno de los periodistas se percata de su presencia y se acerca rápido hacia ellas, seguido de la marabunta de gente—. ¿¡Me podré ver bien!?

—Eres invisible, nadie te podrá ver por la tele —dice Kyouka tranquila.

— ¿Y qué? —Pregunta Hagakure mirando a Kyouka—. La imagen también está en la ropa —en ese entonces los periodistas llegan hacia ellas con muchas preguntas.

—¡¡Perdonen, queremos haceros una pregunta!!

— ¿Qué se siente sabiendo que All Might es uno de los profesores en este año?

— ¿Cómo son las clases de All Might?

— Fuentes no oficiales afirman que All Might está a cargo de las clases prácticas, ¿eso es cierto?

— ¡Guau, All Might-sensei sí que es noticia! —se dice Hagakure, Momo va a responder a las preguntas de los periodistas sobre All Might.

— Se nota el amplio conocimiento que tiene sobre las prácticas heroicas y que desea que sus conocimientos pasen a la nueva generación, para hacer a todos vivir en un lugar mejor. En cuanto a la pregunta de cómo son las clases, son amenas y cada día aprendemos algo nuevo; y en cuanto a la primera pregunta, fue una grata sorpresa de lo que nos alegramos mucho.

— ¿Usted es la hija de los Yaoyorozu, no?

— Así es —afirma Momo, aunque ya esperaba que las cámaras se fijasen en ella por el apellido familiar no las esperaba aún.

— Hemos oído que el chico atrapado en el villano de lodo de hace diez meses, Bakugou Katsuki, y el chico que intentó salvarlo, Midoriya Izuku, estudian aquí también. ¿Eso es cierto?

— ¡Claro que sí! —dice Hagakure junto con Ashido y mirando las cámaras, evitando que Momo pudiese hablar—. Midori-kun es un buen chico, y Bakugou... Es algo difícil de explicar.

— Tiene un poco de mal genio a veces pero no es nada de lo que preocuparse —dice Ashido con una sonrisa y luego saludando a la cámara—. ¡Mamá mira, salgo por la tele! —iba a hablar más cuando Momo se da cuenta de la hora que es.

— Disculpen, pero vamos a llegar tarde a clase —dice Momo intentando no parecer que les faltase al respeto, y pasa entre los periodistas para llegar a la Yūei junto a las otras tres chicas. Nada más pisar la entrada de la academia Momo se queda paralizada unos segundos y se gira a mirar hacia atrás, pero no ve nada raro.

— ¿Yaomomo, ocurre algo? —le pregunta Kyouka extrañada. Momo mira a sus amigas y niega con la cabeza.

— No, nada —dice Momo y sigue andando con sus amigas a la Yūei,—. “Es raro... ¿qué habrá sido ese escalofrío?” —no se había percatado en el chico de pelo azul pálido que mira la entrada está alejado de los periodistas. Tras unos segundos de seguir mirando el lugar recibe una llamada, y descuelga alejándose de allí.

— ¿Ya tienes todo listo, Shigaraki? —pregunta la persona que llamó, sin esperar a que el otro diga nada.

— Todo está según lo planeado —dice el chico de pelo azul con un tono lleno de malvada alegría—. Cientos de villanos, el Nōmu... Estamos todos listos para atacar y acabar con All Might.

—Muy bien, después de que la trampa se active los chicos de primero tendrán que ir esta tarde a la USJ para realizar las prácticas de rescate, como medida de precaución. Te mandaré las coordenadas del lugar en cuanto los vea irse.

—Perfecto. Has conseguido cambiar mis expectativas respecto a ti, cuando nos dijiste sobre vender a All Might tenía mis dudas.

—Eh, decir que lo vendo es un error. Sólo quiero demostrar un punto en mi idea, nada más.

— ¿Alguna cosa más? No tengo todo el día.

—Bueno, sí hay algo. Los dos chicos que se metieron en el asunto del villano de lodo hace diez meses, Midoriya y Bakugou, estudian en la clase 1-A. Tengo una ligera idea del Quirk de Bakugou, pero del de Midoriya no sé nada.

—Eso es interesante, ambos fueron salvados por All Might, que acabasen en la misma academia que su salvador es más como que hayan nacido bajo una estrella de mala fortuna.

—Estás planeando que esos dos chicos mueran aparte de que lo haga All Might, ¿verdad?

—Exacto, así le daremos un duro golpe a All Might. Aunque ya conoces cuál es nuestro verdadero objetivo.

—Cierto, y espero impaciente el resultado de vuestro ataque —dice la persona al otro lado del teléfono, luego carraspea un poco—. Nos vemos —cuelga, dejando a Shigaraki sonriendo. El aún desconocido villano sabía que hoy todo cambiaría, sin importar el resultado que tuviesen, y estaba ansioso de empezar.

Ajena a todo lo que está ocurriendo Momo empieza la clase, escuchando cómo Aizawa comenta sobre la prueba por equipos y que revisó los vídeos de cada uno de los equipos. Contó para toda la clase las fallas y aciertos de Midoriya y Bakugou, para que ellos dos se centren en corregir sus fallos y atenuar más sus aciertos.

—“Como son los protagonistas de ayer, es lógico darle más importancia a sus fallos y aciertos” —piensa Momo mirando a su tutor, quien no cambia su rostro para nada.

—Bueno, tras esta pequeña charla debo decirles que hoy haréis...

—Haremos... —se dice Momo, esperando impaciente la respuesta de Aizawa tras su pausa dramática.

—La elección para presidente y vicepresidente de la clase.

—“¿Era eso?” —piensa Momo sorprendida pues no se lo esperaba para nada, y en ese instante muchos de los alumnos se postulan como candidatos: Kirishima, Kaminari, Mineta, Bakugou... Y aunque lo intentaba ocultar Iida tenía la mano más alzada que el resto, postulándose—. Esto es interesante. Me postularé —alza la mano, para luego oír que para que sea más justo, todos los alumnos participarían en la elección. Cada uno de los alumnos apunta un nombre que no

sea el suyo propio, para molestia de Mineta, y el número de votos va acumulándose en los candidatos hasta que finalmente hay dos candidatos por la mayoría de votos.

Con tres votos cada uno Midoriya y Momo quedan empates, y para eliminar el empate se volvió a votar para ver quién sería el presidente. Finalmente Midoriya fue elegido para presidir a la clase 1-A, y Momo queda como vicepresidenta.

—"Bueno, es normal, Midoriya-san tiene bastante carisma y su personalidad amable ayuda... al menos es mejor que yo" —piensa Momo, sabía que al contrario que Midoriya, ella ha tenido mucho más fácil la prueba de equipos, y no se sentía a gusto consigo misma al no darlo todo—. "Así no conseguiré que Bakugou se trague sus palabras" —piensa mientras el pobre chico de pelo verde tiembla más que un flan por la nominación—. Qué frustrante —suspira.

—No te preocupes Yaomomo, ser vicepresidenta tampoco está tan mal —dice Hagakure en el almuerzo y sentada junto a las demás chicas, intentando animar a la joven de la creación pues está algo deprimida.

—Lo sé, pero igualmente me gustaría demostrarle a Bakugou que puedo esforzarme como todo el mundo.

—¿Sigues pensando en Bakugou y sus palabras del primer día? —pregunta Kyouka, suspirando—. Ignóralas, van a conseguir que te salgan canas antes de tiempo.

—Sé que debería ignorarlo Kyouka-san, pero no puedo evitar pensar eso.

— ¡Aaaaah, alguien me está tocando los cuernos! —grita Ashido de repente, Momo junto con las demás se alarman y miran que detrás de Ashido está Nejire, acariciando los cuernos mientras la chica de pelo rosa tiembla.

— ¡Si son extremadamente suaves, cómo no voy a acariciarlos! —dice Nejire siguiendo con las caricias, con Mirio y Tamaki acercándose hacia ellos; el primero con una risa tranquila y el segundo negando con la cabeza.

—Perdón chicas, hoy se nos escabulló más rápido de lo normal —dice Mirio y mira a Momo mientras Tamaki aparta a Nejire de Ashido—. Soy Togata Mirio, de la clase 3-B al igual que Nejire; y mi compañero es Amajiki Tamaki —el chico de pelo negro levanta la mano sin decir nada—. Nejire nos habló mucho de Midoriya, Bakugou, lida y de ti, y queríamos empezar a conoceros más.

—Alguien de una familia tan famosa como los Yaoyorozu está aquí en la Yūei, es algo que nadie esperaría —dice Tamaki mirando a Ashido—. Mi compañera no puede resistir tocar todo lo que le cause curiosidad, no se lo tengáis en cuenta.

—Oye, no soy una niña —dice Nejire cruzada de brazos, inflando los mofletes. Tamaki le mira con ojos cansados.

—Físicamente para nada, pero sí lo eres mentalmente.

—Tener curiosidad no es ser una niña —dice Nejire, mira a Ashido—. Bueno, perdón si te molesté.

—Ah, no pasa nada Nejire-senpai, Tamaki-senpai.

—¿De qué conocéis a lida? —pregunta Hagakure, curiosa—. Entiendo a Yaomomo por su familia, a Midoriya y a Bakugou por lo del villano ese... Pero no oí nunca nada de lida.

—¿No os habéis fijado en él? —Dice Nejire mirando ahora a lida, quien come tranquilamente con Midoriya y Uraraka—. ¡Se parece mucho a Ingenium, es obvio que son hermanos!

— ¡Así que era por eso! —dice Kyouka tras escuchar a Nejire, desde que empezaron el curso todo el rato le estuvo sonando lida de algo pero no sabía de qué.

—Vaya, dicen que Ingenium es un gran héroe —dice Ashido sonriendo—. Me gustaría trabajar ahí, se debe estar muy bien.

—Ya, como que no sabemos quién quieres que te ayude de forma personal —dice Hagakure en tono jocosos y golpeando levemente el costado de Ashido con el codo, la chica de piel rosa sonrío al descubrirse su pequeña idea pícaro.

—Eh, no estaría mal, ¿verdad?

— ¿Alguna razón en especial para venir, o sólo fue porque vuestra compañera se os escapó y aprovechasteis la situación? —pregunta Kyouka mirando a los Tres Grandes.

—Hay una cosa más que me habría gustado contar en un momento diferente a este, pero ya que estamos aprovecharé para decirlo —dice Mirio mostrando una amplia sonrisa—. Me gustaría daros las gracias a vosotras, y a todos vuestros compañeros por pertenecer a la Yūei. Ver tanta gente joven motiva a cualquiera a seguir adelante, incluso a los héroes pro... —de repente suena una alarma roja que pone a todos pálidos, y Mirio se queda callado.

—Violación de seguridad nivel tres, por favor que los alumnos evacuen inmediatamente — repiten una y otra vez los megáfonos de la Yūei.

— ¿Nivel tres? —pregunta Nejire tragando saliva, mira a Tamaki y Mirio asustada—. ¡Tenemos que irnos, ya!

— ¡Esperad un momento! —Dice Ashido levantándose, junto con las demás chicas, todos los demás estudiantes salen corriendo a la salida—. ¿Qué es eso?

—Alguien ha penetrado las defensas y está en los terrenos de la escuela —dice Mirio, apretando los dientes mientras los alumnos de la 1-A se sorprenden de ello—. Y eso parecía

imposible, en los tres años que llevo aquí jamás oí de nada parecido.

— ¡Vámonos deprisa, tenemos que salir y calmar a todos! —dice Nejire volando por encima de todos los alumnos gracias a su Quirk de ondas y llevándose a Tamaki.

— ¡Chicos, ayúdame a que me escuchen los de tercero, esto se pondrá feo!! —dice Mirio para al poco hundirse rápidamente por el suelo dejando atrás sus ropas, para sorpresa y sonrojo de las chicas, hasta que desaparece por completo.

— No creo que le quiten atención —se dice Tamaki avergonzado por no poder ayudar más, desaparece junto con Nejire de la vista. Las chicas de la 1-A también salen de la cafetería corriendo, y se encuentran con el gran problema que es el atasco de alumnos asustados que hay desde el pasillo hasta la salida de emergencia.

— Que mal, esto está a reventar de gente —dice Hagakure intentando abrirse paso pero no puede, Momo respira hondo.

— ¡Chicos, vayan de manera ordenada y no empujen! —grita Momo pero debido al pánico nadie le hace caso, y lo mismo pasaba con los presidentes y vicepresidentes de las otras clases.

— ¡Por favor, así sólo conseguiremos herirnos! —grita una chica de pelo naranja que está algo cerca de Momo, también intentando calmar los ánimos.

— ¡Kendō, así no podemos hacer nada! —le avisa a la chica un joven de pelo marrón y despeinado, intentando hacerse notar entre la multitud.

— ¡Lo sé Kaibara, pero debemos seguir intentándolo! —grita Kendō para hacerse oír, otros alumnos también intentan poner orden pero reciben el mismo resultado negativo.

— "No puede ser, ¿por qué no puedo poner orden?" —piensa Momo, cayendo de nuevo en una espiral de baja confianza—. "¿Acaso es porque no tengo tanta presencia como Midoriya-san?"

— ¡Chicos, tranquilícense todos!! —grita un conocido alumno llamando la atención de todos y cortando los pensamientos de Momo, cuando miran un poco hacia la salida ven a Iida en una postura extraña, sobre la puerta de emergencia y agarrándose a una tubería—. ¡Son sólo los medios! ¡Los héroes profesionales están arreglando todo, por favor vuelvan a sus respectivas aulas!

— ¿De verdad, sólo los medios? —se pregunta Kyouka, mirando a las chicas y ya todo el asunto calmado. Todos los alumnos empiezan a volver a sus clases comentando entre sí el extraño suceso.

— Si eso es verdad de normal no deberían pasar, ¿no? —pregunta Momo, extrañada al ponerse a pensarlo. Sabía que salvo que tuviesen un carnet identificativo nadie ajeno a la Yūei podría entrar—. Las barreras deberían evitarlo.

—Igual se ha colado un bicho dentro y por eso no funcionaron.

—Hagakure, un bicho no haría nada parecido —dice Ashido mirando a su amiga—. Se necesitaría algo mucho más grande para ello.

—Es verdad. Entonces, ¿qué puede ser?

Mientras las tres chicas hablan sobre eso, Momo mira por la ventana la escena de los medios charlar con Present Mic y con Aizawa, seguramente en búsqueda de hablar con All Might o concederles una entrevista para saber más sobre el héroe número uno.

—"Tengo un mal presentimiento sobre esto" —piensa Momo con preocupación, algo estaba oliéndole mal en todo el asunto pero no conseguía saber el qué.

ONE-SHOT: HÉROE OSCURO

Sinopsis: *Un plan, un objetivo y unos pasos para conseguirlo. No importaría que en un momento dado se desviase levemente del camino... ¿Verdad?*

Disclaimer: *Naruto y todos sus personajes le pertenecen a Kishimoto.*

Nota: *En negrita habla **Zetsu negro**. Historia contada desde el punto de vista de Uchiha Obito.*

Voy con mi traje Guruguru, y vestido además con una capa de cuerpo entero y capucha negras a Kirigakure, con paso firme y seguro. Han pasado ya siete meses desde la muerte de Rin, y tengo claro el qué hacer: usar el Sharingan contra el nuevo Jinchūriki del Sanbi Yagura, hacer que los culpables en su muerte reciban lo que se merecen. Para ello esperaré a que sea Mizukage, porque sé que teniendo un Bijū en su interior lo será en cuestión de años. Pero tengo que estudiar muy bien Kirigakure para no hacer saltar las alarmas en ningún momento, y sabiendo que todavía no controlaba bien el Kamui, tenía que arriesgarme a investigar a pie. Usando los Genjutsus, los trucos y los demás jutsus que conozco, conseguí recopilar información sobre la historia de Kirigakure, los guardias que hay en los alrededores de la Villa... Y sobretodo, vi a un ninja llamado Hoshigaki Kisame, cuando se fue con su equipo a una misión. Igual alguien como él me serviría en Akatsuki, he oído que los Hoshigaki son muy diestros incluso en los jutsus de agua más poderosos. Pero sé que me queda un gran camino por delante.

Estuve a punto de irme de la aldea cuando escucho en algún punto de las afueras una voz grave, gritándole a alguien entre la maleza.

— ¡Tú, no te muevas! ¡Detente!

Un ninja, en una misión cualquiera seguramente. Iba a pasar de esa voz, cuando la voz entrecortada de una niña me llama la atención.

— ¡No, dejadme en paz!

Una niña. ¿Acaso era una tradición destruir vidas inocentes por las manos de este lugar llamado Chigiri no Sato?

—Obito, debemos irnos —me dice Guruguru al ver que estoy sin hacer nada unos segundos.

—Podemos ayudarla y hacer que se nos una.

—No puedes hacer nada, noto ocho huellas de chakra. Una muy débil y otras muy fuertes, para cuando llegues estará muerta. Además, pronto nacerá Naruto y sólo tenemos una oportunidad de conseguir al Kyubi.

—Guruguru, nos queda todavía unos meses. No cambiará nada por echar un vistazo, ¿verdad?

Me acerqué a esa voz y veo a siete ninjas con máscaras rodeando a una niña de más o menos mi edad. La muchacha estaba llorando.

—Vamos, no opongas resistencia. Muérete de una vez.

La chica tiene la ropa medio destrozada, varias heridas por todo su cuerpo y su pelo rojo cae en cascada sobre su espalda. Pero lo que más me llena de ira es ver cómo del lado derecho de su rostro cae sangre.

—Somos mejores que tú: más fuertes, más rápidos, más inteligentes... Podrías haber tenido una muerte rápida, pero elegiste morir lentamente —dice el Ninja de la voz anterior acercándose a la chica armado con un kunai y le pisa la cabeza hundiéndola en el barro, riéndose. Entonces aplasta la cabeza de la muchacha, y el ninja grita de dolor, sorprendiendo tanto a mi persona como a sus compañeros. Aparta el pie, ya deshecho, y se aleja del cadáver de la chica, quién se deshace en lava rojiza. — Un clon de lava... ¿Tiene un Kekkei Genkai?

— ¡Yōton: Yōkai no jutsu! —la muchacha aparece de entre los árboles lanzando desde su boca una gran masa de lava, deshaciendo al incauto que no la esquivó.

— ¡Tú, maldita! —grita un ninja haciendo un Suiryūdan no jutsu, golpeando en el estómago a la muchacha, con tanta fuerza que la tira contra un árbol.

Seis ANBU contra una mujer, si he estudiado bien la jerarquía de los ninjas es ella una Chunin a juzgar por sus ropas. Vergüenza debería darles tuviera Kekkei Genkai o no, salgo de mi escondite armado con unas cadenas que están atadas en ambos extremos a las muñecas. El ninja jefe, por lo que parece, se gira hacia mí al igual que el resto.

— ¿Tú, quién eres? —me pregunta un ninja.

—Uchiha Madara.

El sólo decir ese nombre hace temblar de miedo a los ninjas y a la chica, que se arrastra intentando escapar. Justo la reacción que esperaba.

— ¿Y qué le trae a Madara por aquí?

—Mi ojo necesita una sola cosa... Sangre.

Con rapidez me acerco a uno de los ninjas, quién va a atravesarme con un Tantō que lleva a su espalda. Lo atravieso gracias a la activación de mi Kamui y la cadena se enrolla en su cuello. Con un rápido movimiento se lo rompo produciendo un chasquido.

— ¿Cómo es posible, lo ha atravesado? —pregunta con miedo otro ninja, me lanzan todos los ninjas unos Suigadan no jutsu y contraataco, gracias a que Guruguru soltó parte de su rostro que me cubría, con un Hōsenka no jutsu, ambos jutsus chocan creando una gran nube de vapor que impide ver a todos. Excepto a mí, gracias al Sharingan el vapor no me afecta, tengo la ventaja.

— ¡Estad atentos, seguro que está por aquí cerca! —oigo como grita otro ninja, únicamente aprovecho el momento para sacar a la chica de la trampa mortal. Porque aprovechando la ceguera de los ninjas coloqué sellos explosivos por todo el lugar. Un sello de manos y todos los ninjas mueren bajo la potente explosión amplificada con el vapor del lugar, incluso la onda expansiva deshace la niebla cercana. Tras alejarnos bastante del lugar, miro a la chica, y está inconsciente y con sangre seca cayendo de su ojo derecho.

—Cada día me convezco más de que el Mūgen Tsukuyomi es la única salvación de este mundo. La llevo con ayuda del Kamui a Sangaku no Hakaba y la echo en una cama, me siento en una silla cercana y me pongo a esperar a que despierte. Así que esto es lo que debió sentir Madara cuando esperaba a que despertase. Tras unas horas la chica abre su ojo izquierdo lentamente.

— ¿Dónde... Dónde estoy?

—Entre este y el otro mundo, chica.

La chica se levanta llevándose la mano en el ojo que le falta, notando unas vendas en su lugar, luego me mira algo temerosa.

— ¿Eres... Uchiha Madara? ¿De verdad? —Asiento ante sus palabras—. Es imposible, Hashirama te mató.

—Existen muchas maneras en las que una persona puede salvarse de la muerte y de la que hasta Hashirama puede creer lo que yo quiera —apoyo mis manos en la barbilla—. Esos ninjas... ¿Por qué te atacaban? —veo como la mujer duda para responderme cuando abre la boca hasta tres veces.

—Por mis Kekkei Genkai —detrás de la cara de Guruguru alzo una ceja. Tiene más de un Kekkei Genkai, increíble—. Dado que tienen miedo de toda la gente con Kekkei Genkai gracias al Sandaime Mizukage, ahora soy un peligro.

— ¿Un peligro para quién?

—Para todos.

— ¿Y tus padres?

—Mis padres... Ellos... —veo una lágrima salir de su rostro, y me cuenta su historia. Una historia que hizo que apretara mis puños hasta que mis palmas sangran.

Jamás imaginaría algo así. Una matanza de Kekkei Genkai, aunque estos fueran simples niños. Y encima matar a los padres delante de una niña, cuyo único delito es tener Kekkei Genkai.

—Este mundo cada vez está más al borde de la destrucción por sus propios habitantes. Lo que te ocurrió es sólo un ejemplo de la maldad del ser humano, alimentada por el odio hacia otras personas. Pero conmigo no volverá a ocurrir —la chica me mira.

— ¿Cómo que no volverá a ocurrir?

—Quédate conmigo, y te protegeré de esa aldea llena de hipócritas. Si vieran que la gente con Kekkei Genkai puede ayudar a la aldea, te recibirían con los brazos abiertos, ignorando todo lo que hicieron.

—Esa aldea es mi hogar durante quince años...

—Esa aldea es un infierno, culpable de la muerte de tus padres.

—No todos, algunos son malos pero otros no.

—Muy pocas excepciones.

— ¿Cómo puedes saber qué personas son malas o buenas? —Me pregunta—. ¿Acaso está bien decir que las personas son malvadas aunque algunas en su vida hicieran nada?

—Porque existe la maldad en los corazones, así son la mayoría de la gente por naturaleza. Muy poca gente no cae en la oscuridad.

—Pero son nuestros actos los que nos marcan en la vida, no si somos malvados.

Me quedo unos segundos callado. Porque tiene razón. No, no debo caer yo en sus palabras, sino ella en las mías.

—Te mantendré al cuidado, chica. Hasta que se curen las heridas.

—Terumī. Mei Terumī, ese es mi nombre —me dice la chica con una sonrisa. ¿De inocencia? No lo creo, esconde algo más.

Pasan unos pocos meses hasta conseguir realizar mi plan: la búsqueda del Kyubi.

Conseguir información sobre Kushina fue fácil: Hace tres meses usé un Genjutsu para que un ANBU me diga la localización del parto. Vigilé hasta el momento en que el parto empezaba. Antes de embarcarme a mi lucha observé a Kakashi dejar flores en la tumba de Rin, y contar el parto. Cuando se va, miro la tumba de Rin. Cojo las flores y las tiro a un lado.

—Bakakashi, no mereces dejar flores aquí —digo con rencor, y dejo unas flores más en su tumba—. Hola Rin. Voy a hacer algo malo, algo inmoral para Konoha. Yo... voy a capturar al Kyubi, y eso significa matar a Kushina, a Minato y a Naruto. Sé que me reprenderás el día en que me muera, pero tengo que hacerlo para realizar el Mūgen Tsukuyomi y poder estar juntos... —entonces mi mente me hace revivir las sonrisas de Mei, sus guiños con su ojo bueno, su coqueteo... Todo lo vivido con ella estos meses. ¿Por qué tengo que recordar eso?—. O por lo menos para que vivas en un mundo lleno de paz.

—**Obito se volvió loco, hablándole a un trozo de roca** —me dice Zetsu negro saliendo del suelo. ¿Acaso no sabe lo importante que fue Rin en mi vida?

—Lo que haga tiene mis razones —le respondo fríamente, y preparándome para ir al lugar del parto, colocando mejor mi capucha negra.

Eso significa luchar contra mi sensei, Minato. Pero debo hacerlo, a pesar de que lo intento evitar mi odio hacia él es fuerte. ¿Dónde demonios estaba cuando Rin murió? Seguramente entrenando su Sennin Mōdo. Un modo que no le servirá contra mí.

Mi plan falló. Perdí al Kyubi, y ahora Naruto lo tiene en su interior. Murieron Minato y Kushina, pensé que me sentiría mejor pero... El efecto fue justo al contrario. ¿Por qué no podían dejar que me lleve al Kyubi? Todos habríamos salido ganando.

Al volver a la base me encontré con Mei sentada en un costado de la cama. Me sonreía, pero por un momento me ha recordado a las sonrisas que conozco de Kushina antes de enfadarse. Y eso es muy mala señal.

— ¿Dónde estabas, Madara? —me pregunta Mei, observando la pérdida de mi brazo izquierdo en el ataque.

—Estaba en una misión para conseguir la paz que el mundo tanto necesita.

— ¿Matando a gente inocente, esa es tu idea de paz? —me mira.

—Luego todos resucitaran en el Mūgen Tsukuyomi, ya te lo dije.

—Eso es una falsa paz. Una ilusión. ¿Estará feliz la gente a la que hiciste daño? ¿Estará feliz toda la gente a la que has matado? —Se acerca a mí—. Te das cuenta... De que sólo conseguirás ser un desgraciado incapaz de estar bien contigo mismo nunca, ¿verdad?

¿Pero qué me pasa? Ante las palabras normalmente soy un témpano de hielo, pero cuando oigo a Mei... Es como si el sentimiento de ser infeliz se hiciera más grande y me dejara sin voz.

—Quiero ir a un lugar —me dice Mei mirándome al único ojo visible—. ¿Puedes llevarme allí?

—Puedo —le respondo colocando la mano en su hombro y absorbiéndola hacia el mundo del Kamui. Pronto aparezco a su lado—. Tú dirás —en el escenario aparecen pantallas de chakra, mostrando a todo Kirigakure como consecuencia de mi experiencia con el Kamui.

—Más a las afueras —me dice Mei. Entonces concentró más chakra y más pantallas, mostrando todos los lugares que he visto, aparecen—. Aquí —señala una pantalla, la miro y luego miro a Mei.

— ¿Estas segura? —le pregunto, Mei asiente—. Bien —aparecemos donde Mei dijo. Enfrente de dos tumbas.

—Hola, Mamá —dice Mei dejando unas flores en su tumba—. Hola, Papá —dejando también flores en la tumba de su padre—. Han pasado... ¿cuantos años? ¿Tres, cuatro años? Cómo sea, estoy puntual aquí, como me prometí.

Mei seguía hablando, pero yo ignoraba lo que decía. Mi mente ahora está en otra parte. Oliendo su perfume, viendo su cabello... Mi corazón vuelve a latir con fuerza, como ese día en que conocí a Rin. ¿Acaso... me estaré enamorando de nuevo?

—El mundo no es malo en sí. Las personas son las malvadas, las que hacen daño a la gente, pero eso no son todas. Otras personas serían capaces de sacrificarlo todo para ayudar a la gente... Culpar a la realidad de las guerras sólo sirve para escapar de ella —dice Mei mirándome, sacándome así de mis pensamientos.

— ¿No querrías revivir a todas las personas que murieron injustamente? ¿Como tus padres?

—No. ¿Sabes por qué? —La mujer me mira—. Primero porque si pudiésemos cambiar todos los hechos que no nos gustasen, quién sabe el caos que habría porque hay una gran diversidad

de opiniones. Y segundo... Porque aunque en el mundo no estén... Aquí si están -se coloca las manos en el pecho—. Mientras estén vivos en el corazón, no habrán muerto del todo, y no hará falta resucitarlos porque siempre están conmigo.

Esas palabras me han sorprendido.

— ¿Todos todos?

—Las personas más importantes en nuestra vida viven en nuestros corazones... Apoyándonos, animándonos a seguir nuestro camino hacia el sueño que nos prometimos realizar.

Eso significaría... ¿Que Rin no morirá del todo aunque su cuerpo se destruya? ¿Que si siempre la recuerdo, para mí es como si estuviera viva? Esas palabras no paran de rondar por mi mente. Y observando las tumbas de los padres de Mei, pienso en si estoy haciendo bien, si todos sufren rezando delante de las tumbas de los seres queridos a los que he matado... Al final... ¿Me he convertido en todo lo que quise evitar?

— ¿Estas llorando, Madara? —me pregunta Mei, observando como una lágrima cae desde debajo de la máscara.

—No estoy llorando, es que se me metió algo en el ojo —respondo, me giro y tras quitarme la máscara me limpio los ojos. Justo esas palabras son parte de mi antiguo yo, a quién creí muerto cuando Rin murió.

Durante los próximos cuatro años Mei y yo vivimos en la base de Sanbaku no Habaka, Mei aunque ya estaba curada desde hace tres años todavía no estaba preparada para ir a Kirigakure. Sin contar que también estaba con nosotros el Zetsu negro, quien analiza cada uno de mis movimientos. Le coloco a Mei el ojo de un ninja cualquiera para que pueda ver perfectamente, y desde ese día nuestra relación con el paso de los años se convirtió en el de grandes amigos, apoyándonos en los momentos más duros. También he notado cómo cada vez que me habla me late con fuerza el corazón, y esa sensación sólo la sentí cuando Rin me hablaba. Y desde hace tres años he cometido actos que sólo un Sanin haría.

¿Apostar? Para nada.

¿Investigar? Ni loco haría eso.

Sí, me refiero a espiar.

Miraba escondido como se duchaba Mei en una de las cascadas cercanas a la base. Y puedo decir que es... increíble. Parecía que estuviese viendo a una Diosa, con el pelo rojo cayendo por

su espalda, su cuerpo desnudo y brillante bajo la cascada... Esos labios carnosos que deseo probar...

— **¿Así que aquí ibas cuando no estabas?** —me pregunta el maldito Zetsu negro detrás mío, casi matándome de un susto. Encima está unido a la parte blanca—. Seguramente desde hace tres años que lo haces, estamos perdiendo facultades.

—No estoy haciendo nada, comprobaba que Mei estuviese bien —le miro.

—**Está bien que vigiles, pero al menos no me señales.** Tu tercera pata quiere verla más —me dice Zetsu, suerte que nadie ve que estoy más rojo que un tomate, rápidamente me giro y coloco mejor a mi "amiguito"

—Esto nadie debe saberlo, ¿me lo prometes?

— ¡Lo prometo! —me dice Zetsu blanco con una sonrisa.

De ese momento pasan otros dos años, y Mei me mira con una sonrisa en su rostro. No puedo decir si es buena o mala señal.

—Hay una cosa que quiero preguntarte, Madara.

—Dime —le respondo, entonces Mei se me acerca contoneándose, yo intento alejarme pero un papel sellador de chakra impide que use mi Kamui. Me miro el brazo donde lo puso... ¿Cuándo lo hizo?

—Ahora que no vas a usar ningún jutsu... ¿Puedo verte la cara? —me pregunta con su rostro muy cerca del mío.

¿¡Cómo!?! Esto no forma parte de ningún plan.

—Saber mi nombre es suficiente para ti.

—Sé que no eres Madara... Porque alguien como él no me miraría fijamente cuando estoy duchándome, como esa vez que Zetsu te pilló —sonriendo pícaramente. Mataré un día de estos al maldito Zetsu blanco—. Así que... quítate-la-máscara-por-favor —dice cada palabra con sensualidad.

Creo que ni el verdadero Madara podría resistirse a esas palabras cargadas de sensualidad y deseo. Sólo para quitarle la curiosidad dejaré que mire.

—Puedo no ser Madara, pero sí tengo como objetivo la causa que tanto quiere realizar —digo cerca de quitarme la máscara pero Mei detiene mi mano.

—No pensaría que me hicieras caso, ahora veo que hago un gran efecto sobre ti —se ríe—. Mejor déjate la máscara puesta... Le da un toque misterioso que me encanta —me levanta la máscara sólo lo suficiente para revelar mis labios y los besa.

Un beso dulce, un beso que transmite seguridad en sus brazos. Terminamos ese beso que parecía eterno y me coloca mejor la máscara.

—Vaya, para ser tu primer beso lo haces muy bien.

—Ya veo...

—"Madara", agradezco el tiempo que me tuviste curando, y la compañía que me hiciste. Pero debo volver a mi aldea. Ahora estoy preparada.

— ¿Y mientras tanto? ¿Qué harás?

—No lo sé, pero lo averiguaré —me sonrío.

Amo su sonrisa, porque cada vez que la veo me enamora más.

—Sólo se me ocurre controlar a Yagura.

— ¿Para protegerme?

—Por supuesto. Evitaré que vayan a por ti, ahora que es el Yondaime Mizukage le harán caso.

— ¿Y qué harás con el Sanbi?

—Sacrificaré mi ojo izquierdo para controlarlo, y le pondré luego un Genjutsu a Yagura. Así Bijū y Jinchūriki estarán bajo mi control.

— ¿Y qué harás si alguien se entera? Como ese Zetsu negro.

—No se enterará de esto, te lo prometo —me voy tranquilamente hasta perder de vista a Mei—. ¡Zetsu, quiero saber cómo es que Mei sabe que no bese a nadie!

Tras mi bronca inicial con Zetsu, el plan era bien simple: usar un poco de manipulación para que Zetsu negro crea que Mei es una espía en Kirigakure, y por eso controlo a Yagura. Por ahora bien, no sabe nada.

Mei también aprovechó el plan para formar un Golpe de Estado para matar a Yagura. Me tendré que quedar con el Sanbi antes de que aparezcan, y dejar un Zetsu en su lugar, así reforzaré la idea de que Mei es una espía. Para algo utilizaré al Sanbi, pero sé que para el Tsuki no me, no.

Pasan otros dos años, justo ocho años del nacimiento de Naruto. Dos años en los que la relación entre Mei y yo avanzó lenta pero gradualmente.

Observo mi antiguo barrio, el barrio Uchiha, desde un lugar elevado. Junto con Uchiha Itachi.

—Madara, espero que cumplas tu palabra —me dice Itachi con su traje ANBU.

—Tienes mi palabra —digo serenamente.

¿Cómo es que he ido en contra de mi propia gente? Por poder. Los Uchiha llevaron años planeando un Golpe de Estado para hacerse con Konoha, guardando rencor desde hace ocho años. ¿Este es el resultado de mis actos en el ataque del Kyubi? Seguramente, y ahora estoy peor que nunca.

Las palabras no funcionaron, Hiruzen no pudo hacerles cambiar de opinión. Shisui falló al intentar usar el Kotoamatsukami, porque Danzō le robó un ojo. No lo culpo, porque tener ese poder con el enemigo sería peor. Y es desconfiado. Uchiha y desconfianza son una pareja explosiva. Itachi no podía él sólo, demasiada gente de su clan a la que matar. Y por eso me pidió mi ayuda.

Para matar a los Uchiha. A todos.

Podría entender lo de las personas que estaban al tanto del Golpe de Estado. ¿Pero los ancianos? ¿Los niños? ¿Incluso bebés tenían que morir? Que asqueroso es el mundo en el que ahora vivimos.

Itachi se encargó de la mitad izquierda del barrio Uchiha, yo de la mitad derecha. En minutos el clan Uchiha había desaparecido. Salvo por Itachi y yo.

Y Sasuke.

En casa de Sasuke, le veo inconsciente junto a sus padres muertos. Itachi no lo mató, y yo cumpliré su palabra. Ser un paria de Konoha por su amor a su hermano. Me habría gustado tener algún hermano, así no habría sufrido tanto como yo sufrí.

—Lo siento, Sasuke. Pero sufriras por mi culpa —le toco la frente quitándole unos mechones de pelo. Un pestañeo y estoy en un lugar oscuro, sin nadie alrededor— ¿¡Qué!?

—Puedo ver que hiciste cosas malas en el pasado, cosas que a cualquiera le valdría la ejecución inmediata. Pero tu corazón poco a poco está brillando de la luz que empieza a iluminarlo —me dice una voz en las sombras.

—Muéstrate, seas quien seas —le exijo seriamente. ¿Sasuke es un Jinchūriki? Imposible, si el Kyubi está en Naruto. Y los demás Bijū están en las otras aldeas.

—Escúchame atentamente, porque ahora el evitar su plan depende de ti —me dice el hombre mientras empieza a andar hacia mí. Mi Sharingan brilla al verlo avanzar, creyendo que es un enemigo dentro de Sasuke, un Yamanaka dentro de la Raíz que me está engañando. Tras revelarse de entre la oscuridad, soy incapaz de creer lo que veo.

—No... No es posible que seas tú.

— ¿Estás seguro de que eso ocurrió, Obi-kun? —me pregunta Mei cogiéndome de la mano. En cuanto volví de la Masacre Uchiha, directamente fui a hablar con Mei.

—Si —le digo—. Eso explica tantas cosas...

—Pero... ¿cómo lo pruebas? —me pregunta Mei.

—Tengo una idea. Necesito tu colaboración para esto.

—Sabes que siempre tendrás mi colaboración, Obito —me dice besándome en los labios—. Siempre.

Durante meses he planeado lo que Mei y yo tenemos que hacer. Hasta llegar al día decisivo.

—Zetsu, necesito hablar contigo —veo al ser salir del suelo.

— ¿Ocurre algo, Obito? **Más te vale que sea importante.**

—No apareceré por aquí hasta que no muera algún miembro. Debo seguir en las sombras y Nagato será un buen líder.

—**¿Para esto nos llamaste?**

—No sólo para esto —digo tranquilamente, mostrando mi Mangekyo Sharingan.

Con una rapidez comparable al de Minato, me acerco al Zetsu y hundo mi mano derecha en el pecho del lado negro.

— **¿Qué estás haciendo, Obito?**

—Desde hace tiempo, que me escama todo lo ocurrido cuando murió Rin: Madara, la oportuna aparición del Zetsu blanco de la cueva, su aviso... Por eso, decido poner fin al plan Tsuki no me.

— **¿Cómo...?**

—A partir de aquí tu plan se acaba, Zetsu... ¿O debería llamarte Voluntad de Ōtsusuki Kaguya? Veo como el ojo de la parte negra se entrecierra de ira, mientras el Zetsu blanco mira sorprendido al Zetsu negro.

—**Bastardo, ¿cómo supiste...?** —me pregunta el Zetsu negro, meto más la mano en su pecho.

—Investigando. Cuál fue mi sorpresa cuando descubrí la total historia de Kaguya. La razón de descubrirla... Indra.

— **¿¡Qué!?**

—Ocurrió la vez que vi a Sasuke, en la Masacre Uchiha. Le toqué la frente para apartarle el pelo, y entré en su mundo interior. Indra apareció ante mi y me contó como le manipulaste para empezar el ciclo del odio. Ahí supe quien eras, "Voluntad de Indra" —descubrí la otra mentira del Zetsu: fingir ser la voluntad del hijo mayor de Rikudō Sennin.

—**Indra en el cuerpo de Sasuke... Un jutsu de reencarnación, de alguna manera una huella de su chakra estaba presente en su interior.**

—Mei jamás confió en ti, y cuando pudo reunió pruebas, más desde que le conté lo de Indra. Prueba número uno: Guruguru. Es un buen chico, y una de las primeras personas en caer en el Mūgen Tsukuyomi de Kaguya. Cuando Mei habló con él, le contó la historia de Kaguya. Si se hubiera sabido que Guruguru todavía conserva recuerdos de su vida...

—Prueba número dos —dice Mei saliendo de las sombras, hasta colocarse a mi lado—. Puedes fingir ser la voluntad de Madara, pero tu chakra es el de Kaguya, algo que el Zetsu espiral notó.

—Guruguru y chakra. Dos cosas que te hicieron caer. Dos cosas que van a hacer que no resucites a tu querida Madre, ni me conviertas en una marioneta.

—**Maldición... Esa Mei tuvo que cambiarlo todo... Tantos años...**

—Ya veo, así que fue tu queridísima Madre quien nos metió a mucha gente en el Gedō Māzō... Ahora recuerdo todo —el Zetsu blanco empieza a separarse del Zetsu negro—. Lo siento, pero aunque mate, robe y destroce a la gente tengo mi propio orgullo, jejejeje.

— ¿No planeaste que ocurriera eso, verdad Zetsu negro? —responde Mei sonriendo.

—Cierto, ella cambio la manera que tengo de ver el mundo. Para mejor —digo mirando al Zetsu negro.

— **¿Y ahora qué vas a hacer?**

—Podría matarte, o sellarte... Pero mejor te transformarás en mi Voluntad —poniendo chakra en mi brazo, pero poco a poco el Zetsu negro se ríe, envolviendo mi brazo rápidamente, mientras una parte de él forma una ancha espina y casi atraviesa a Mei, pero ella lo esquiva aunque le hiere en el hombro.

— **¿En serio crees que alguien como tu, la oveja negra de los Uchiha, puede vencer la Voluntad de Kaguya?** —me pregunta el Zetsu negro, se ríe—. **Iluso, sólo Rikudō Sennin podría...**

—Madara se llamaba a sí mismo Futarime Rikudō, porque fue la reencarnación de Indra y tuvo parte de la reencarnación de Asura —digo cortando al Zetsu negro—. Pero yo también soy un Uchiha, con parte de la Voluntad de Indra en mi interior desde la Masacre Uchiha —la parte negra empieza a retroceder, para sorpresa de Zetsu negro—. Eso, unido a la Voluntad de Ōtsusuki Asura que también está en mi por mi mitad derecha, hacen que mi voluntad pueda vencerte, Zetsu. En vida, ahora soy el Sandarime no Rikudō —la parte negra que envuelve mi brazo desaparece.

El Zetsu negro abre su ojo con fuerza, abre la boca gritando. El poder de Asura está en mi brazo derecho, dándome más fuerza para poder ganarle a la Voluntad de Kaguya, la Diosa Conejo. Finalmente no noto resistencia a mi chakra, y aparto la mano.

—**Obito... ¿Qué quieres saber?**

Perfecto, ahora Zetsu Negro obedecerá siempre mis órdenes.

—Saber toda la historia. Kaguya, el Jūbi, Rikudō, Asura e Indra... Y que me cuentes... Hasta qué punto estuvo Madara involucrado en la muerte de Rin.

Entonces Zetsu Negro empezó a hablar. Su verdadero Mūgen Tsukuyomi, con el que usaría al Jinchūriki del Jūbi para traer a Kaguya al mundo; la historia del Ancestro Hyuga Hamura... Y como Madara controló a los ninjas de la Niebla, y al Sandaime Mizukage para meter al Sanbi en

Rin. Madara... Zetsu... Kaguya... Todo lo estaba haciendo para sus intereses. Pero se acabó, nadie me controlará más.

— ¿Y ahora... qué vas a hacer? —me pregunta Mei abrazándome desde la espalda y mirándome con ese ojo que tanto me ha enamorado.

Y le cuento la totalidad de mi plan.

Ahora sé que hacer para conseguir paz en el mundo: seguiré con Akatsuki capturando Bijū, cuando quede uno o dos Bijū realizarán una Alianza entre los cinco países para proteger a los Jinchūriki, ya que existiría un enemigo común: yo. Entonces irrumpiré en la reunión de los Kages y revelaré mis planes sobre el Mūgen Tsukuyomi en frente de los Kages. Les pediré que me den a los Bijū, y si sale como planeé se negarán a ello. Entonces declararé la 4ª Guerra Ninja.

Todo el mundo luchará junto, contra alguien que estuvo involucrado en la muerte de Minato, el Yondaime Hokage. Quién capturará a Fū, a Yugito, a Rōshi... Todas las aldeas pedirán mi cabeza. Pero debo seguir mi papel, ser el malvado de la historia. Y entonces, cuando me muera... ¿A quién odiarían? Nadie va a seguir con el ciclo del odio, porque lo habrán destruido. El plan B... "paz Eterna" está a punto de realizarse. Eso pondrá triste a Mei, pero es gracias a ella por la que mi alma no se ha vuelto oscura. Por la que conocí de nuevo el amor. Por la que decidí sacrificarme para dejarle un mundo lleno de paz eterna y real. Por la que voy a dejarme matar, como una promesa de sangre.

Debo seguir siendo Madara hasta que muera en la Guerra. Con mis Zetsus y los Akatsuki daría batalla, pero habría conseguido finalmente mi objetivo. Y quién sabe, puede que Rin esté en el cielo y me perdone por todo lo que hice.

Mei está enfrente de mí, a nuestro alrededor sólo hay ninjas de la Alianza Shinobi y gran destrucción del entorno que produjo la cuarta Guerra Ninja. Todos mis Zetsus están destruidos gracias al Hijo de la Profecía Uzumaki Naruto. Sasuke volvió a Konoha cuando murió Danzō. Todos están ahora mucho mejor... Excepto los ninjas que murieron por los Zetsus. Pero era inevitable que produzca bajas.

— ¿A qué esperas? Mátame —le exijo a Mei con mi ojo derecho llorando sangre, a causa del kunai que Kakashi me lanzó y se incrustó en mi ojo "por pura suerte"—. Ahora no puedo huir.

—Obito... Has hecho muchas maldades en tu vida. La muerte de Minato. La Masacre Uchiha. Tantas cosas, que explicarlas todas duraría varios minutos —una gota cae delante de mí, una lágrima. Miro a Mei, está llorando—. Pero... También hiciste cosas buenas. Me salvaste la vida... Descubriste al verdadero cerebro no sólo detrás de Akatsuki, sino detrás del odio en el

mundo ninja —puedo ver a varios ninjas y a Naruto mirarse confundidos por lo que han escuchado—. Por eso... no te mataré como un enemigo a destruir. Lo haré porque esa fue mi promesa hacia ti.

—Gracias.

—Es una pena perder a alguien tan guapo como tú —sonríe, la veo alzar un látigo de lava, para lanzarlo con fuerza y matarme sin sufrimiento—. Te amo, Obito.

—Yo también te amo, Mei —cierro los ojos esperando el golpe mortal.

POV Mei, Nueve años después

Papeleo. Papeleo, papeleo, papeleo. Ni siquiera alcanzando la paz mundial me libro del papeleo.

No hay ya ninjas que puedan hacer nada malo gracias a Naruto y sus viajes en todo el mundo para dar sus explicaciones de paz, para no repetir los errores del pasado. La relación entre Suna y Konoha se volvió más fuerte, Iwa y Kiri olvidamos finalmente nuestras guerras y Kumo, aunque ha tardado, también ha olvidado todo. Aunque tuve que explicar toda la verdad sobre la Voluntad de Kaguya, todo el plan en el que Zetsu negro intervino, Madara y su plan contra Rin para que Obito continúe su legado...

—Mei-sama —me dice Chōjūrō-san tocando a la puerta y sacándome del hilo de mis pensamientos.

— ¿Qué ocurre? —le pregunto con una sonrisa.

—Es tu hija. Hace tres horas que debió estar en la Academia pero no ha aparecido.

—Esta niña... —digo sonriente pero escondiendo enfado, porque ya es la vigésima vez este trimestre que no llega a sus clases—. Sé dónde está, voy allí. Llama a la Academia, dile que personalmente la llevaré a clases.

Recojo mis cosas y me voy andando a las afueras de Kirigakure. Pronto veo a una niña de ocho años, el pelo rojo y hasta la mitad de la espalda, y vestida con ropa normal de Kirigakure. Mi hija.

— ¿Hikari, por qué no fuiste a la academia? —le pregunto con una sonrisa que esconde mi furia. Mi hija pronto me mira con miedo.

— ¡Gomenasai mamá! Es que había un gato negro frente a la entrada y ya sabes, que se te cruce un gato negro da mala suerte así que di un pequeño rodeo —me dice rascándose la nuca

y sonriendo nerviosamente, suelto unas leves risas. Puede físicamente ser como yo, pero en lo referente a dar malas excusas, es como su padre.

—Ven, te llevaré a tus clases —digo dándole la mano a mi hija—. ¿Hablaste mucho?

—Claro, aunque sé que mañana habrá algo nuevo que contar —me dice mi hija sonriendo, se gira hacia un punto detrás suyo—. ¡Mañana volveré para hablar contigo, papá!

Quién imaginaría eso. Que tras la Guerra me enteraría de que el hombre que me cambió la vida me había bendecido con alguien como ella. Miro antes de irnos la tumba que mi hija visita diariamente.

**Aquí yace Uchiha Obito.
Líder en la sombra de Akatsuki.
El Héroe Oscuro de la Cuarta Guerra Ninja.**



GRACIAS POR LEERNOS!

El proyecto "*Monthly NU Jump*" tiene como objetivo principal reunir aquellas historias que los usuarios deseen compartir con los lectores agrupadas en un sólo sitio

¿TE GUSTARÍA PARTICIPAR?

Todos aquellos escritores que tengan intenciones de comprometerse a brindar una historia en los plazos establecidos para las publicaciones, podéis hacerlo, ¡visitad el hilo de la Monthly NU Jump en nuestro subforo de [Fanfics](#) para más información!

¡SÉ TAMBIÉN PROTAGONISTA EN LA NUVIÑETA!

¿Tienes un guión gracioso que te gustaría que fuese publicado a modo de NUviñeta? ¡Anímate! Pásate por nuestro subforo de [Diseño Gráfico Y Multimedia](#) para más información.